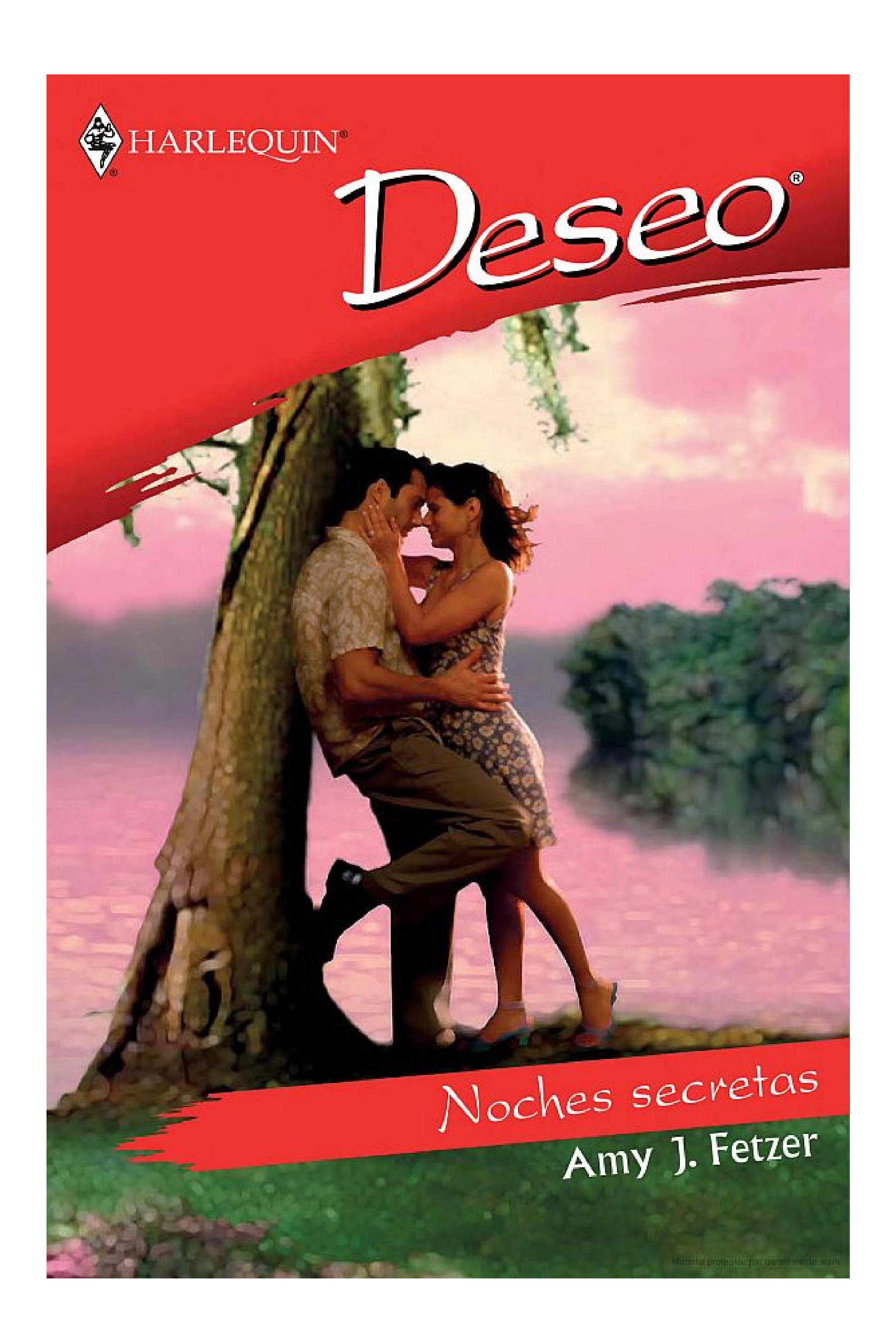

HARLEQUIN
Deseo
Noches secretas
Amy J. Fetzer

¿Conseguiría alguna vez alejarlo de aquella mansión… y de los fantasmas que lo tenían atrapado?

Si aquellas paredes centenarias hablaran, contarían la historia del actual señor de la casa, Cain Blackmon, que dirigía su imperio desde el interior de aquella mansión, una cárcel que él mismo había creado.

Y de Phoebe DeLongpree, que en busca de refugio, había roto la paz de Cain e iba a llevarlo al límite de su control… la misma mujer que años atrás lo había vuelto loco con un solo beso.

Entre aquellas paredes, los dos podrían dar rienda suelta a la pasión. Allí estaban a salvo, pero el mundo seguía fuera, amenazándolos…




Amy J. Fetzer

# Noches secretas

**Deseo - 1484**

**ePub r1.0**
**LDS** 05.12.16

Título original: *Secret Nights at Nine Oaks*
Amy J. Fetzer, 2005
Traducción: Catalina Freire Hernández
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire 2-in-1 (MD2) - 381 / Silhouette Desire (SD) - 1685
Protagonistas: Cain Blackmon y Phoebe DeLongpree
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



# Capítulo 1

***Plantación Los Nueve Robles, Carolina del Sur.***

Cain Blackmon se encontraba muy a gusto en la intimidad de su casa. Tanto que había pagado una fortuna para que la gente no lo molestase. Pero entre la gente debería haber incluido a su hermana Suzannah.

Porque aquella mujer podría hacer perder la paciencia al Santo Job.

Le había había pedido un favor. No que se fuera de Los Nueve Robles porque eso no lo haría ni siquiera por ella, sino que invitase a alguien. A alojarse allí. Durante semanas.

Y ese alguien era Phoebe DeLongpree.

Eso era como pedirle que relatara detalladamente una de sus fantasías eróticas delante de todo el mundo.

—No —dijo Cain, tomando unos papeles del escritorio—. En esta zona hay muchos hoteles.

No tenía reparo alguno en decirle que no. No quería a esa mujer en su casa.

Suzannah se puso en jarras, mirándolo como solía mirarlo de pequeña, con la mirada de alguien que se agarra a un hueso y no está dispuesto a soltarlo.

Ésta también es mi casa, no sé si te acuerdas.

—Muy bien. ¿Cuándo vas a pagarme lo que te corresponde de hipoteca?

—Estás cambiando de tema.

—Y tú te niegas a aceptar lo inevitable. Te lo he dicho muy

claro, Suzannah, no quiero tener una invitada en mi casa —contestó Cain, mirando la puerta tras la que estaba Phoebe.

—No quieres recibir a nadie y te niegas a dar una explicación —replicó su hermana.

Cain levantó los ojos al techo, con su intrincado laberinto de escayola, y rezó para tener paciencia.

—Muy bien, Suzannah, dime por qué debería invitar a una extraña…

—No es una extraña.

No, pensó, era Phoebe. La hermosa y *sexy* Phoebe. El sueño erótico de cualquier hombre en un paquete de metro sesenta lleno de curvas y de energía. Lo sabía porque una vez pasó por su casa y por su vida. Una estancia breve pero suficiente como para despertar en él un deseo incontrolable… que lo llevó a besarla bajo la escalera de servicio.

Había sido uno de los momentos más sensuales de su vida. Y un tremendo error. Phoebe era como fuego líquido entre sus brazos, traspasándole su pasión. Y dejándolo aterrado en el proceso.

Sí, admitió Cain, recordando su juventud: dejándolo aterrado. Porque un solo beso le había mostrado que aquella mujer podría consumirlo.

El recuerdo provocó una palpitación en su entrepierna y tuvo que levantarse bruscamente de la silla. Por la ventana, Cain observó el paisaje que no había cambiado en más de doscientos años, el tronco de los robles cubiertos de musgo, el jardín que llegaba hasta el embarcadero… La serenidad del paisaje no podía hacerlo olvidar un beso largo, húmedo, que lo había dejado temblando.

Cain se llevó una mano al puente de la nariz, pensando que Lily nunca lo había hecho sentir lo que sintió con Phoebe durante aquellos segundos.

Y se había casado con Lily.

Su expresión se oscureció, el recuerdo de su difunta esposa despertando el sentimiento de culpa que tenía guardado en un rincón de su mente. No quería compartir su soledad por la sencilla razón de que Phoebe acabaría odiándolo y él no quería esa carga.

—Estoy escuchando —le dijo a su hermana, dispuesto a decir que no otra vez.

—Phoebe salió tres veces con un hombre y luego le dijo que no

quería volver a verlo, pero él se negó a aceptarlo. Y luego se volvió violento.

El miró por encima de su hombro, con el ceño fruncido.

—Sigue.

—Es Randall Kreeg V.

Cain levantó las cejas.

Randall Kreeg, el hijo del presidente de la corporación Kreeg, una empresa de imágenes generadas por ordenador cuyos servicios contrataban todos los cineastas últimamente. Había oído algo sobre él en las noticias pero no prestó mucha atención. Y no había asociado a Phoebe con P.

A. De

Long. Como casi todo el mundo, pensaba que P. A. era un hombre.

—Si no recuerdo mal, ha sido detenido.

—Sí. Phoebe tiene que testificar contra él dentro de unas semanas… ¿es que no lees los periódicos?

—Sí, varios, a diario.

—Phoebe es P. A. DeLong, la guionista.

—¿La dulce Phoebe escribía esos guiones tan aterradores? Qué curioso.

—Ya.

—Veo que ahora lo entiendes. La prensa de Los Ángeles retorció todo este lío, acusándola de usarlo para generar publicidad y negándose a aceptar que Kreeg estaba haciéndole la vida imposible.

Cain intentó imaginar a alguien entrando en su vida sólo para atormentarlo. Casi le dio la risa. ¿Qué era Phoebe DeLongpree más que una tortura para él?

—Está en la cárcel, de modo que Phoebe está a salvo.

—¿Durante cuánto tiempo? Puede salir bajo fianza y con la cantidad de abogados que tiene, ¿a quién crees que destrozarán en el juicio? Tiene que irse de Los Ángeles, pero la prensa no la deja en paz. Aunque lo disimula, está a esto —dijo Suzannah uniendo el índice y el pulgar— de sufrir un ataque de nervios.

¿Un ataque de nervios? ¿Phoebe? Aquella mujer tenía más energía y más carácter que diez personas juntas. Cain se volvió de nuevo hacia la ventana, pero entonces oyó que se abría la puerta…

—¡Déjalo, Zannah!

Cain reconoció la voz de Phoebe inmediatamente.

—Pero…

—No quiero que supliques por mí.

—¿Me estabas oyendo? —exclamó Suzannah.

—No he puesto la oreja en la puerta porque mi madre me enseñó que no estaba bien, pero la respuesta de tu hermano ha sido bien clara.

Mejor, así no tendría que repetirla, pensó Cain, con las manos a la espalda. No se volvió para mirar a Phoebe. No tenía que hacerlo. El nivel de energía de la habitación había subido varios enteros desde que abrió la puerta. Mirarla sería como… anticipar un golpe mortal. Sabía que estaba a punto de llegar y, sin duda, tendría más impacto del que esperaba.

Sin embargo, Cain Blackmon sabía cuándo le habían ganado. Suzannah nunca le perdonaría si le negaba alojamiento a su amiga. Además, adoraba a su hermana pequeña y no quería perderla. De modo que pronunció las palabras que lo harían sufrir durante las próximas semanas:

—Puedes quedarte, Phoebe.

Su voz de barítono la devolvió al pasado por un momento, pero no estaba dispuesta a recordar.

—Qué magnanimidad por su parte, jefe —replicó Phoebe, irónica—. Pero no, gracias. Es evidente que no soy bienvenida, así que buscaré otro sitio.

Aunque no sabía dónde. Los medios de comunicación tenían un sexto sentido y ya la habían obligado a cruzar el país para buscar la ayuda de Suzannah.

Era humillante reconocer que necesitaba esconderse en algún sitio. No estaba en su naturaleza huir de ningún reto, pero necesitaba un poco de paz para controlar lo que le estaba pasando. Y alejarse un poco del mundo que tanto daño le estaba haciendo últimamente era la única manera. Tenía que calmarse un poco o dejaría de reconocerse a sí misma en el espejo.

Estaba dispuesta a marcharse y cuando Suzannah insistió le entraron ganas de darle un pellizco.

—Phoebe —la llamó Cain.

—¿Qué?

—Perdona lo que he dicho antes. Será un placer para mí tenerte como invitada en Los Nueve Robles.

—¿Qué tal si te das la vuelta y lo dices mirándome a la cara? Entonces quizá podría creerte.

Cain se puso tenso, pero hizo lo que le pedía. Y sus ojos se encontraron. Los nueve años que habían pasado desde aquel beso desaparecieron como por ensalmo. Estaban otra vez escondidos bajo la escalera, tocándose como adolescentes, deseando que el contacto fuera más íntimo… Deseando estar desnudos, piel con piel.

Cuando ella se acercó y lo miró a los ojos, Cain se sintió avergonzado por lo que había hecho a la mañana siguiente. Pero en lo que se refería a Phoebe, cortar de raíz era la única manera.

Fue lo más difícil que había hecho en toda su vida. Porque la deseaba tanto como respirar.

Los ojos verdes le rogaban comprensión, como se la habían rogado aquella mañana. Pero nunca le pidió una explicación. Y esa mirada fue para él como un puñetazo. Dios bendito, era preciosa. Después de nueve años, se había convertido en una mujer impresionante. Llevaba el pelo rojo en capas descontroladas, un poco como su personalidad. Ese corte le sentaba bien, enmarcando su rostro de duende, sus enormes e inocentes ojos.

Cain miró sus labios y recordó el placer de besarla, su sabor que, antaño, le había parecido exótico. Luego su mirada se deslizó hacia abajo, hacia la blusa de color marrón claro, hacia la falda de cuero, tan corta que debería ser ilegal.

Era *sexy* sin hacer esfuerzo alguno, pensó, viendo asomar algo de encaje por debajo de la blusa. En aquel momento no deseaba nada más que dejarse consumir por el deseo que sentía por ella. Ver si había sido una invención de juventud o seguía siendo tan real como sus recuerdos. Pero no podía pensar ni sentir eso. Por ella no.

—Si estás buscando refugio, Los Nueve Robles está a tu disposición.

Phoebe no estaba escuchando. Estaba mirándolo. Era más alto de lo que recordaba, con los hombros más anchos. La pálida luz del sol que entraba por la ventana iluminaba su silueta haciendo brillar su pelo castaño, destacando su mandíbula recta contra el cuello blanco de la camisa.

Daba una gran impresión de soledad, pero cuando lo miró a los ojos se quedó sin aliento.

Eran unos ojos oscuros, intensos, llenos de… rabia.

No era el hombre que había conocido en el pasado y su forma de mirarla, de arriba abajo, la hizo sentir desnuda, vulnerable. Phoebe se pasó una mano por la falda y no le gustó nada sentirse tan nerviosa.

Pero tenía una oportunidad por la que matarían cientos de personas: vivir con el famoso ermitaño. No lo parecía. Phoebe no esperaba que se hubiera dejado crecer el pelo y tuviera la piel amarillenta, pero era todo lo contrario. Estaba en fin, era tan increíblemente guapo como nueve años atrás, pero le rodeaba un halo de tristeza. Aunque resultaba *sexy* e interesante, le gustaría saber las razones por las que se había apartado del mundo. Razones que hasta escondía de su hermana.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó él.

Phoebe intentó ordenar sus pensamientos, consciente de la tensión que había en el aire. Sabía lo que pasaba. Cain no quería que se quedara allí y ella debería marcharse. Pero estaba desesperada. Su vida se había convertido en un infierno y no había señales de que la prensa fuera a dejarla en paz hasta que llegase el juicio. Necesitaba un poco de paz y tranquilidad. Sentirse segura de nuevo.

—Sí —contestó—. Durante unas semanas. Necesitaba tiempo para dormir bien y, con un poco de suerte, recuperar su creatividad.

—¿Has traído tus cosas?

No. La verdad es que pensé que dirías que no.

Cain frunció el ceño mientras miraba a su hermana que, de brazos cruzados, lo miraba con un brillo de advertencia en los ojos. «No le hagas daño», estaba diciéndole Suzannah. «Ya lo hiciste una vez».

Pero debía haber entendido mal el mensaje. Suzannah no podía saber nada sobre el beso… Claro que Phoebe y ella llevaban más de doce años siendo amigas y probablemente se lo contaban todo. Más razón para mantenerse alejado de Phoebe mientras estuviera allí.

—Como yo me voy a Inglaterra a trabajar, podría mudarse esta misma tarde —dijo su hermana.

—¿Quieres que te envíe una limusina? —preguntó Cain, dirigiéndose al teléfono.

—No, no, por favor. No sabría qué hacer en una limusina —contestó Phoebe.

—Si vas sola, no —murmuró Suzannah, mirando a su amiga con una sonrisa de complicidad que provocó un inmediato ataque de celos en Cain.

Phoebe empujó a Suzannah hacia la puerta y se volvió después.

—Te lo agradezco mucho, de verdad. Nos vemos esta tarde.

«No me verás», pensó él. Pero asintió con la cabeza para no dar explicaciones.

* * *

Los sensores electrónicos de las puertas de entrada emitieron un suave pitido desde el ordenador de Cain, recordándole la promesa que le había hecho a su hermana. No había pensado en otra cosa desde aquella mañana. Aceptar que Phoebe se alojara en su casa había sido un gesto galante, pero un error.

Cain, se apretó el puente de la nariz mientras miraba la pantalla. Había cámaras por toda la propiedad y las imágenes pasaban a varios monitores que tenía en la biblioteca. En uno de ellos veía a Phoebe al volante de un *jeep* saludando frenéticamente a la cámara. Parecía asustada y el repentino deseo de protegerla lo sorprendió.

Cain presionó el botón que abría la verja de entrada y Phoebe entró en la finca a toda velocidad. La explicación de su nerviosismo era que una furgoneta de una cadena de televisión estaba siguiéndola. Dos fotógrafos saltaron de ella y empezaron a hacer fotografías. Irritado, Cain pulsó el botón del micrófono.

—Están en propiedad privada. Aléjense, por favor.

—Ésta es una carretera pública, amigo —contestó uno de ellos.

—No, es una carretera privada. Y les advierto que las puertas están electrificadas.

Como para convencerlos de que se fueran, dos doberman se acercaron a la verja mostrando los colmillos. Los fotógrafos volvieron a subir en la furgoneta a toda prisa.

Cain suspiró. Suzannah no le había dado detalles sobre lo que Kreeg le había hecho a Phoebe y sospechaba que estaba intentando proteger a su amiga. Incluso de él. Cuando Phoebe y Suzannah se fueron, Cain había buscado información en Internet. Había más entradas sobre Phoebe que sobre la captura de Kreeg, pero la idea

de que estuvieran persiguiéndola y atormentándola lo sacaba de quicio.

Intentando distraerse, tomó un cuaderno y empezó a escribir notas que ni él mismo podía comprender. Luego se dejó llevar por la tentación y miró la pantalla. Phoebe parecía… cómoda consigo misma. Llevaba una camiseta y una falda vaquera corta que abrazaba sus deliciosas curvas mientras subía por el camino a toda velocidad.

No le sorprendió. Siempre había sido un poco salvaje. Ésa fue la razón por la que no había querido mantener una relación con ella después de aquel beso. Toda esa energía era peligrosa. Sin embargo, una ola de remordimientos parecía estrangularlo Cain pulsó el intercomunicador.

—¿Benson?

—La he visto, señor.

Benson siempre iba un paso por delante de los demás, incluido él mismo.

—Compruebe que la señorita DeLongpree tiene todo lo que necesita.

—Sí, señor. ¿Va a recibirla en la puerta?

—No —contestó él. A Phoebe no le haría gracia, pero involucrarla en su vida estaba fuera de la cuestión.

Le había pedido santuario.

Los Nueve Robles era una fortaleza, su refugio privado durante cinco años.

Si Phoebe DeLongpree quería protección, se la daría. Sólo eso. Ya había arruinado la vida de una mujer. No pensaba destrozar otra.

* * *

Phoebe pasó a toda velocidad por delante de los robles centenarios que flanqueaban el camino hasta la casa, sus ramas arqueándose como brazos protectores. Iba a la mansión de Augustus Cain Blackmon IV, un auténtico ermitaño.

Nadie, ni siquiera su hermana, entendía por qué se había convertido en un nuevo Howard Hughes, pero la gente especulaba

locamente sobre por qué no había vuelto a mostrarse en público desde la muerte de su esposa, cinco años antes.

Aunque Cain jamás había hablado de sus razones con nadie, Suzannah creía que era porque había amado mucho a su mujer y seguía de luto por ella. Pero a Phoebe, siendo guionista, se le ocurrían muchas otras razones, ninguna tan conmovedora como ésa. Una pena que un hombre tan atractivo fuera un recluso, pensó.

En nueve años, Cain Blackmon se había convertido en un hombre de los pies a la cabeza… un hombre increíblemente atractivo, además. Y, sin embargo, no salía de casa. Eso picaba su curiosidad. ¿Por qué encerrarse cuando no tenía que hacerlo? Ella se habría vuelto loca.

La prensa había dejado de especular sobre su encierro un par de años atrás… Al pensar en la prensa, Phoebe miró por el espejo retrovisor. Pero los fotógrafos habían desaparecido. Afortunadamente. En realidad, entendía el deseo de Cain de estar solo.

A veces, estar solo era una bendición.

Ella no estaba acostumbrada a la publicidad. Usar el seudónimo P. A. De Long y ser anónima le había ido muy bien.

Pero Randall Kreeg había cambiado todo eso.

Asustada; volvió a mirar por el espejo retrovisor, casi esperando verlo en el asiento de atrás. Entonces se dio cuenta de que nadie entraba en la propiedad de Cain Blackmon sin permiso. «Aquí no puede tocarme», se recordó a sí misma apretando el volante. Nada ni nadie iba a arruinar su vida.

Y sí, vivir alejado de todo podría estar bien durante un tiempo.

Pero no durante cinco años. La reclusión de Cain era excesiva, desde luego, pero Cain era Cain. Él nunca había querido a nadie demasiado. Y ella no había podido escapar a Los Nueve Robles hasta aquel momento.

Cuando vio la casa sintió como si volviera atrás en el tiempo. Phoebe detuvo el *jeep* y se quedó con el brazo apoyado en la ventanilla, mirando.

No había cambiado nada en casi doscientos años. Suzannah le había dicho que Cain había devuelto la plantación a su antigua

gloria… incluso había renovado los establos. Con dos grandes terrazas en el primer y segundo piso, tenía además una azotea en el tercero. Pintada de blanco y con persianas de color verde oscuro, casi negras, la casa miraba hacia el embarcadero, el río y la piscina. Desde el río, acres de terreno se extendían en tres direcciones, convirtiéndose en jardines, huertos de frutas, plantaciones de algodón, bosques…

Aunque había fotografías de Los Nueve Robles en todas las tiendas, hoteles y restaurantes de la ciudad, nada podía compararse con verla en directo.

Phoebe amaba aquella casa. Su serena elegancia la atraía. Suzannah siempre se reía de ella cuando decía eso, pero claro, Suzannah había crecido allí con Cain. Por un segundo, se preguntó dónde estaría. En la biblioteca, pensó.

La puerta se abrió entonces y, aunque no esperaba ver a Cain, le decepcionó un poco ver a un joven con camisa blanca y pantalones oscuros. Otro hombre, mayor y con traje de chaqueta, salió detrás del primero.

El joven le sonrió.

—Soy Willis, señorita DeLongpree. Puede darme sus maletas. Yo aparcaré el *jeep*.

Ella le dio las gracias, sonriendo, y le advirtió que las marchas se enganchaban un poco. Delgado y de pelo blanco, el segundo hombre esperó en los escalones de la entrada. Phoebe lo reconoció enseguida.

—Hola, Benson. ¿Qué tal?

—Hola, señorita DeLongpree —la saludó el hombre, de distinguido porte—. Bienvenida a Los Nueve Robles.

—Gracias. —Phoebe le dio un beso en la mejilla porque sabía que eso haría que se pusiera colorado—. Está usted muy atractivo.

Él se aclaró la garganta.

—Usted también, señorita.

—¿Sigue dirigiendo esto con mano de hierro?

—Me moriré, haciéndolo, señorita DeLongpree.

Phoebe sintió el deseo de hacerle cosquillas para saber si era capaz de reírse a carcajadas. Pero le caía bien. Una vez, Suzannah había robado una botella de *whisky* de la bodega de su padre, que se bebieron entre las dos. Benson las había encontrado, borrachas

como cubas, y consiguió llevarlas a la habitación de Suzannah sin que nadie descubriera el delito. Luego les dio un viejo remedio para la resaca y no se lo contó a nadie.

Un hombre que sabe guardar un secreto es un hombre al que hay que querer.

Phoebe entró en la casa y miró alrededor. Los suelos de pino se extendían en tres direcciones, en bonito contraste con las paredes de color amarillo pálido y las puertas labradas de nogal. Pero lo que más llamaba la atención era la gran escalera de madera, que se abría en dos direcciones.

—¿Dónde está Cain?

—El señor Blackmon está muy ocupado. Sígame, por favor.

—¿Demasiado ocupado como para recibir a sus invitados?

—Sabe que ha llegado usted, señorita Phoebe.

Eso no lo dudaba.

—¿Ni siquiera piensa decirme hola?

—El señor Blackmon no recibe visitas —contestó Benson.

—Es el ogro del castillo, ¿eh?

Phoebe había esperado que sus rarezas no fueran más que especulaciones, pero…

—El señor Blackmon hace lo que le parece, señorita DeLongpree —contestó Benson, pasando de mayordomo a perro guardián en un segundo.

—Sí, bueno, yo también.

Phoebe giró a la izquierda y se dirigió a la biblioteca, sospechando que estaba allí. Cain no le debía nada y si quería ignorarla le parecía muy bien. Al fin y al cabo estaba en su casa. Pero nueve años antes aquel hombre la había besado como no la había besado nadie y entre ellos había una conexión especial, le gustara a él o no.

Al menos, le debía un: «Hola, ¿cómo estás?».

—Señorita DeLongpree. Le recomiendo que no abra esa puerta.

Benson parecía tener miedo por ella. Increíble.

—No se preocupe. Yo asumo toda la responsabilidad.

Phoebe abrió la puerta y entró en la biblioteca. Por la mañana no se había fijado bien, pero ahora vio las estanterías de madera oscura llenas de libros del techo al suelo. Y se le hizo la boca agua. Los muebles eran antigüedades y el suelo estaba cubierto por

alfombras orientales. Era una habitación muy masculina, opulenta, que hablaba de *brandy* y puros cubanos, conversaciones en voz baja sobre política y finanzas… Era una habitación perfecta para Cain.

Pero él no estaba allí.

La silla estaba mirando hacia la ventana. Phoebe vio varios monitores y una pantalla de ordenador con información sobre el mercado de valores. Pero, además de la típica parafernalia de la oficina, había una taza y un platito.

Y hubiera lo que hubiera en la taza, echaba humo.

La había oído llegar y se había marchado a toda prisa.

Phoebe sintió como un puñetazo en un área cercana al corazón.

No se molestó en seguir mirando. En silencio salió de la biblioteca y cerró la puerta. Benson no dijo una palabra no mostró emoción alguna, pero Phoebe se sentía como aquella mañana, nueve años atrás, después de que Cain la hubiera besado, cuando se portó como si no hubiera pasado nada.

Se sentía ignorada. Utilizada. Despreciada. Desilusionada, siguió a Benson escaleras arriba.

## Capítulo 2

Una hora después, Benson entró en la biblioteca.

—¿Ya está instalada? —preguntó Cain.

—Tan instalada como puede estarlo la señorita DeLongpree.

Cain levantó la mirada, divertido.

—¿Sigue siendo tan enérgica como siempre?

—Sí, señor. Está en el ala este, en la habitación amarilla —contestó Benson—. Estaba muy decidida a hablar con usted.

Cain no dijo nada. La había oído llegar y salió por una puerta secreta que sus antepasados habían construido un siglo antes para escapar del ejército de la Unión. Era una maniobra un poco cobarde, pero se decía a sí mismo que era mejor para los dos. Él no era el hombre que había sido nueve años antes y Phoebe esperaría eso.

—¿Dónde está ahora? Benson señaló un monitor de seguridad en el que se veía a Phoebe, en bikini, saltando del trampolín.

—Dios Santo. —Cain tragó saliva. No había suficiente bikini para tapar ese cuerpo, pensó, observando cómo se lanzaba de cabeza sin apenas mover el agua.

—Impresionante —murmuró Benson. Cain lo miró. Si no le conociera bien, casi pensaría que estaba sonriendo.

Unos segundos después, Phoebe salió a la superficie y empezó a hacer largos como un esbelto torpedo rosa. Cain la observó durante unos segundos, pero luego pulsó una tecla para que el monitor reflejara otra zona de la propiedad. No en un *voyeur*, pero la imagen de sus generosos pechos casi saliéndose del bikini lo había dejado

impresionado.

Y eso confirmaba lo que ya sabía: que acercarse a Phoebe era peligroso.

—No abandonará fácilmente, señor.

El se pasó una mano por la frente.

—No tiene alternativa.

—Señor, si pudiera usted…

—Ahórrate el sermón, Benson. Por favor.

De vez en cuando, Benson le rogaba que saliera de Los Nueve Robles. Como prácticamente lo había criado, Cain no se sentía ofendido. Pero Benson había estado a su lado el día que su esposa murió. Había oído la terrible discusión, le había advertido cuando Lily tomó un bote y salió a navegar…

Cain no había elegido recluirse en casa por amor a su difunta esposa, como pensaba mucha gente.

Estaba recluido para pagar por su crimen. Lily no sabía navegar.

Y él lo sabía.

* * *

Lo de ser perezoso era un arte.

Pero Phoebe no sabía por dónde empezar. De niña, su madre le había enseñado que perder el tiempo era un delito y, aunque con los años había olvidado en parte esa enseñanza, no le resultaba fácil estar de brazos cruzados.

Siempre había sido hiperactiva y hablaba más deprisa de lo que pensaba. Eso la había metido, a ella y a Suzannah, en muchos líos cuando estaban en la universidad. Y en aquel momento desearía hacer cualquier cosa que la ayudase a dormir por la noche. Después de varias semanas sin pegar ojo, su imagen en el espejo era bastante patética. Y le daba pánico que llegara la noche.

Aunque podría haber hecho otros veinte largos, decidió salir de la piscina. Quizá los haría más tarde, pensó, intentando sacarse el agua de las orejas mientras entraba en la casa. Quizá después de una de las famosas cenas de Jean Claude…

Phoebe entró por la puerta sur y se dirigió al vestíbulo colocándose el pareo a la cintura. Sus sandalias de tacón

repiqueteaban en el suelo de madera haciendo eco por toda la casa. El sonido la hizo pensar que estaba en un museo y que cualquier momento iba a recibir una reprimenda por parte del vigilante.

Ése sería Benson, pensó, sonriendo.

Iba pasando por varias habitaciones que no parecían usarse para nada… qué pena tener una casa tan grande y vacía, pensó. Aquella casa estaba hecha para dar fiestas.

De repente, se encontró frente a la puerta de la biblioteca. No había pensado ir allí, especialmente vestida como iba, pero Cain estaba allí porque podía oír un murmullo de voces. Esa necesidad de verlo la irritaba. No quería hablar con alguien que salía corriendo cuando ella se acercaba.

Pero no podía contener el deseo, de modo que alargó la mano para empujar el picaporte… y se detuvo. No sabía con quién hablaba Cain, pero parecía enfadado.

Cuando se hizo el silencio, llamó a la puerta, la empujó después de oír una respuesta ininteligible. Cain estaba detrás del escritorio, con las manos a la espalda, mirando por la ventana.

Miraba mucho el río, pensó Phoebe.

—¿Sí, Benson?

—Soy yo, Cain.

Él se puso tenso, pero no se volvió.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¿De verdad soy bienvenida aquí? —preguntó Phoebe.

Parecía muy insegura y Cain suspiró suavemente antes de volverse para mirarla a los ojos. Luego miró hacia abajo. «Cielo Santo», pensó, tragando saliva. El bikini apenas cubría su piel bronceada y el pareo estaba atado muy bajo en las caderas, mostrando su ombligo. Nunca había visto nada tan exótico.

—¿Lo soy, Cain?

—Claro que sí.

Phoebe no parecía creerlo. Él no quería que se sintiera incómoda en su casa, pero tampoco quería tenerla tan cerca. Solía pagar su mal humor con la gente, y saber que estaba allí le recordaba que había cometido un tremendo error una vez. Un error que no debía repetirse. Pero la tentación de mirarla fue más fuerte que su buen juicio y se acercó a ella.

Phoebe lo observaba en silencio. Cain Blackmon. El hombre que

había puesto su mundo patas arriba nueve años antes… un mundo que nunca había vuelto a estar en su sitio del todo. No solían gustarle los hombres con traje de chaqueta, pero una chica podía cambiar de opinión, ¿no? La camisa blanca se ajustaba a sus anchos hombros, su pelo color chocolate brillaba tanto que le habría gustado tocarlo…

—Gracias.

Él asintió con la cabeza. Luego se quedaron en silencio durante unos segundos.

—¿Vas a cenar conmigo o vas a mantener las distancias hasta que me marche?

—Quizá.

Ésa no era una respuesta.

—Bueno, pues para que lo sepas, estoy libre para tomar un cóctel.

Cain sonrió. O algo así.

—Me acordaré.

—Eres un hombre de pocas palabras, ¿eh?

Ahora que estaba a su lado, Phoebe se sentía un poco más tranquila. Asombroso, pensó. Era como mirar a alguien a quien conocía… de tolla vida.

—Sí.

—Falta de práctica.

—No lo creo.

—Podemos empezar por el principio —dijo Phoebe entonces, ofreciéndole su mano—. Soy Phoebe DeLongpree, la mejor amiga de tu hermana.

Cain miró su mano. Sabía lo que pasaría si la tocase. Querría más y eso no podía ser. Nunca.

—Muy graciosa.

Ella bajó la mano, decepcionada.

—Veo que eres más que un ermitaño —murmuró, dirigiéndose a la puerta.

—Phoebe…

—¿Sí?

—Ésta es la casa de un hombre. Sugiero que me cubras un poco más.

Phoebe no se molestó en mirar el pareo. Sabía qué aspecto tenía.

Había corrido unos doscientos kilómetros en las últimas dos semanas, había hecho ejercicio hasta quedar agotada, todo para caer rendida en la cama por la noche.

—Es un bikini, Cain.

—¿Se llama así?

Había más tela en un pañuelo que en aquel bikini, pensó. Y, desgraciadamente, su imaginación estaba inventando lo que había debajo.

—Sí. Y me queda bien o no me lo pondría, así que creo que el problema lo tienes tú, no yo.

Cain, que había vuelto a colocarse detrás del escritorio, levantó la cabeza. Phoebe se había quitado el pareo, que se colocó frívolamente a hombro antes de darse la vuelta.

Y él tuvo que contener un suspiro, sintiéndose mortalmente herido. Llevaba un tanga y su apretado trasero se movía seductoramente mientas salía de la biblioteca… Cain tuvo que cerrar los ojos, la imagen repitiéndose en su cabeza hasta que le pitaron los oídos. Estaba tan tenso que pensó que se partiría en dos si intentaba sentarse.

Suspirando, se pasó una mano por la cara.

Aunque quería que se fuera, no podía echarse atrás. De modo que tendría que resignarse a vivir bajo el mismo techo con la criatura más *sexy* de la tierra.

Aquellas semanas iban a ser un infierno.

* * *

Phoebe, en la escalera, se imaginó a sí misma bajando con un espectacular vestido de noche para reunirse con un hombre…

Pero no había ningún hombre esperándola. De modo que miró hacia abajo para comprobar que estaba sola, se subió a la barandilla de madera brillante y se deslizó hacia abajo como una niña. Luego saltó al suelo e hizo una pirueta antes de seguir por el pasillo.

Alguien se aclaró la garganta.

Phoebe se volvió. Willis estaba allí, sonriendo con una bandeja en las manos.

—Eso es para Cain, ¿verdad?

—Sí, señorita.

Phoebe tomó el cuaderno y el lápiz que Willis llevaba en el bolsillo de la camisa, escribió una nota y la colocó entre la taza y el plato. Willis, rubio y joven, miró la nota con gesto de sorpresa.

Si Cain no espabilaba después de leer eso, no espabilaría nunca, pensó.

Benson apareció entonces como por ensalmo.

—Señorita DeLongpree, la cena está servida dijo señalando el comedor.

—Ah, genial —sonrió Phoebe. Estaba deseando probar una de las creaciones de Jean Claude. De modo que siguió a Benson al comedor, sus paredes rojas y el zócalo blanco dándole un aire un poco más informal a tan austero entorno. Benson apartó su silla y, cuando se sentó, levantó la tapa de una de las bandejas. A Phoebe se le hizo la boca agua con el aroma a limón, pollo y verduras frescas.

—¿Cain no va a cenar conmigo?

—No, señorita.

—Pues él se lo pierde.

Benson le sirvió una copa de vino. —Disfrute de su cena— le dijo, antes de alejarse. Phoebe se quedó mirando el vacío comedor. —Hola, hola, hola…— había eco. Odiaba comer sola. Era aburrido y siempre comía demasiado rápido. Se sentía un poco insultada por la actitud de Cain…

De modo que colocó su plato y sus cubiertos en una bandeja y fue a la cocina. Había sido modernizada y no sabía para qué servían la mitad de los aparatos, pero el microondas era su mejor amigo últimamente.

Varios empleados estaban cenando alrededor de la encimera de granito mientras miraban la televisión. Phoebe reconoció a Jean Claude, Willis y el señor Dobbs, que se encargaba de los perros y los establos. A los otros dos no los conocía, pero por su aspecto debían trabajar en la finca.

—Podría vivir a tus pies, Jean Claude. Podrías tirarme las sobras de tu comida y estaría encantada. Jean Claude levantó la mirada.

—Vaya, señorita DeLongpree. ¿Cómo está?

—Bien. ¿A alguien le importa si ceno aquí? Es aburrido cenar con un jarrón por toda compañía.

—No, claro que no —dijeron todos. Willis se levantó para ofrecerle una silla.

—Me alegró mucho saber que vendría por señorita DeLongpree —dijo Jean Claude—. Y te sorprendió, seguro —sonrió ella, cortando el pollo. Estaba relleno de cangrejo y, absolutamente delicioso.

—Sí, la verdad es que sí.

Jean Claude había crecido en Nueva Orleans, Cajún hasta los huesos, delgado y todavía guapo aunque estaba a punto de cumplir los sesenta. Había algo terriblemente *sexy* en un hombre que sabía cocinar y Jean Claude era el mejor en cinco condados a la redonda.

—Suzannah me invitó. Pero creo que tuvo que chantajear a su hermano.

—La señorita Zannah es una mujer de mucho carácter.

—Muy mandona diría yo.

—¿Más que usted?

Phoebe sonrió.

—Somos más o menos iguales. ¿Puedo tomar poco de eso? —preguntó, señalando el pan sacado del horno.

—¿Qué? ¿No le gusta el pollo?

—El pollo me encanta, pero tu pan… no es de este mundo.

Sonriendo, Jean Claude cortó una rebanada y le puso mantequilla.

—Divino, de verdad —suspiró Phoebe.

Unos minutos después estaban todos conversando y Jean Claude contaba anécdotas de cuando Suzannah y ella estaban en la universidad.

—Una noche bajé a la cocina y me encontré la nevera abierta de par en par. Y allí estaban las dos, sentadas en el suelo, comiendo helados a dos carrillos.

—Es que estábamos disgustadas porque habíamos suspendido historia. Pero yo pagué por esos helados con un dolor de estómago que me duró dos días. La pobre Zannah tuvo que salir corriendo al baño… fue horrible.

—Lo que deberían haber hecho era estudiar más —la regañó Jean Claude.

—Sí, claro, pero eso habría sido lo sensato.

—¿Aprobasteis el curso? —Oyeron una voz masculina. Todos

levantaron la mirada. Cain estaba apoyado en el quicio de la puerta, y cuando Willis se levantó, Phoebe le puso una mano en el brazo. ¿Cuánto tiempo llevaría allí?

—Pues sí. Con el dolor de estómago que tenía, no me quedó más remedio que estudiar. Saqué un notable, pero tu hermana sacó un aprobado raspado.

—Chivata —dijo Cain, divertido.

—Para eso están las amigas —sonrió Phoebe—. ¿Piensas quedarte ahí o vas a sentarte con nosotros?

Cain reconoció el reto que había en sus ojos. Y todos parecían estar esperando su respuesta, de modo que entró en la cocina. La sonrisa de triunfo con que lo recibió Phoebe resultaba muy irritante. ¿Quiere cenar ahora, señor Blackmon? —preguntó Jean Claude.

—Claro que sí —contestó Phoebe por él.

Jean Claude lo miró, dubitativo, y Cain asintió demasiado interesado en sentir el calor del cuerpo de Phoebe, el olor de su perfume. Era embriagador. Ella era embriagadora. Con la falda y un top rojo tan escotado que mostraba el nacimiento de sus senos, tenía un aspecto fresco e increíblemente deseable. Pero claro, lo único que Phoebe DeLongpree tenía que hacer era entrar en una habitación y él perdía la cabeza. Su nota bajo la taza de café no lo había sacado de la oficina, aunque: Ven a jugar conmigo era tremendamente evocador como para que no dejara de pensar en ello durante semanas.

Pero lo había atraído el ruido de las conversaciones las risas. Hacía mucho tiempo que no las oía en su casa. Cain se había quedado en la puerta un momento viendo cómo Phoebe incluía a todo el mundo en la conversación. Hablaba con facilidad, sonreía con facilidad y parecía estar en su casa. Además de su hermana, no había habido otra mujer en Los Nueve Robles en cinco años…

Cain pensó en Lily, pero dejó de hacerlo para que no le estropeara la cena.

Jean Claude le sirvió un plato de pollo y Cain empezó a comer, escuchando las bromas de Phoebe.

—La he visto en la piscina, señorita DeLongpree —dijo Willis—. Nada muy bien. Y se tira de cabeza como una profesional.

—Gracias —contestó Phoebe. Luego miró a Cain de reojo, como

diciendo: ¿Lo ves? Te lo había dicho.

Pero Cain sólo podía pensar en ella saliendo de la biblioteca con aquel tanga… Llevaba todo el día intentando olvidar esa imagen, pero le había resultado imposible. Su cuerpo necesitaba una mujer. Y estar sentado a su lado, sintiendo el roce de su brazo, era suficiente para hacerlo sudar. Se alegraba de que estuvieran rodeados de gente porque no podía confiar en sí mismo estando a solas con ella.

—Estaba en el equipo de natación de la universidad —explicó Phoebe—. Bueno, y en el de atletismo, en el de relevos de natación y en saltos de trampolín. Siempre he sido una chica un poco acelerada.

—Imposible —sonrió Cain.

—¿En serio? —bromeó Jean Claude—. Me sorprende que pueda sentarse a escribir.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Sabes que me dedico a escribir?

—Leemos los periódicos, querida —contestó el cocinero.

Cain vio que se ponía tensa. No la había visto tensa hasta ese momento. Y aunque no conocía los detalles de su incidente con Randall Kreeg, decidió que había llegado el momento de enterarse.

—Sí, bueno, supongo que ya lo sabe todo el mundo —suspiró ella.

El repentino silencio fue roto por un anuncio en televisión. Cain oyó el nombre de Kreeg y levantó la mirada.

El presentador hablaba de su detención y especulaba sobre si Phoebe DeLongpree o el productor que había comprado su último guión le habrían tendido una trampa. Entonces miró a Phoebe. Estaba helada, mirando la pantalla.

Phoebe sólo veía a Kreeg, con su aspecto atractivo de niño bien, escoltado por la policía. Una ola de recuerdos la asaltó, el miedo de que Kreeg hubiera estado en su casa, tocando sus cosas, su coche…

A su lado, Cain notó que le temblaban las manos.

—¿Phoebe?

Ella levantó la cabeza y el brillo de miedo que vio en sus ojos le rompió el corazón.

# Capítulo 3

Phoebe dio un respingo cuando Cain puso una mano en su brazo. Estaba temblando, mirando alrededor como buscando una vía de escape.

—No pasa nada, aquí estás a salvo. Te lo juro.

Ella parpadeó, mientras dejaba escapar un largo y tembloroso suspiro. Parecía tan frágil, tan pequeña, que Cain tuvo que controlarse para no tomarla entre sus brazos. Luego, tan rápido como había llegado, el miedo que había en sus ojos desapareció.

—Bueno, me siento como una tonta —murmuró, poniéndose colorada.

Cain acarició su brazo.

—No pasa nada.

Phoebe apretó su mano durante unos segundos y luego la soltó para mirar a los demás.

—Sé que está en la cárcel, pero…

Jean Claude suspiró, desolado.

—Perdóneme, señorita Phoebe —murmuró, apagando el televisor.

—No es culpa tuya, Jean Claude —dijo ella, toda sonrisas—. Es que estoy un poquito neurótica —explicó, tomando un trozo de pollo.

Cain arrugó el ceño. No había visto a nadie disgustarse y calmarse en tan breve espacio de tiempo. ¿O estaba disimulando? ¿Y qué demonios le había hecho aquel canalla para que le tuviera tanto miedo?

—Ya no puede hacerte daño —le aseguró—. Nadie te hará daño.

—Por eso estoy aquí —dijo Phoebe con una sonrisa.

Pero Cain se dio cuenta de que estaba fingiendo. Y en aquel momento lo único que deseaba era tomarla entre sus brazos para consolarla.

Eso lo asustó. Porque él no merecía estar con una mujer como ella.

Jean Claude empezó a guardar el pan en la despensa y el resto del grupo se dispersó. Phoebe miró alrededor, un poco sorprendida.

—Vaya, parece que sé cómo vaciar una habitación, ¿eh?

—No están acostumbrados a cenar conmigo —le confesó Cain—. ¿De verdad estás bien?

—Sí, genial —contestó ella, levantándose para llevar su plato al lavavajillas. No quería contestar a la pregunta que había en sus ojos. Había visto esa misma mirada muchas veces, en los amigos, en la policía, en sus padres. En sus sueños. Que Kreeg pudiera salir de la cárcel bajo fianza no dejaba de rondarle por la cabeza.

—Yo no haría eso —le advirtió Cain—. Estás en el territorio de Jean Claude.

Como para demostrarlo, el chef salió de la despensa y los echó de la cocina.

—¿Lo ves? Te lo había dicho.

Cain iba varios pasos por delante y Phoebe se detuvo en el vestíbulo, convencida de que ya ni se acordaba de ella. Como esperaba, entró en la biblioteca y cerró la puerta, ignorándola por completo. El sonido hizo eco por toda la casa. ¿Cuándo se habría vuelto tan frío?, se preguntó. Aunque, a juzgar por su comportamiento en la cocina, no era un hombre frío. Aún podía sentir el calor de su mano en la piel… Y, sin embargo, prácticamente había salido corriendo.

¿Qué tenía ella que lo hacía mostrarse tan distante? ¿Lo que había ocurrido años atrás bajo la escalera? ¿O era otra cosa? ¿Y por qué se habría recluido en Los Nueve Robles?

De vuelta en su escritorio, Cain se concentró en el trabajo. Cualquier cosa con tal de no pensar en Phoebe. Sabiendo que estaba tan cerca.

Paseando. Siendo Phoebe. Haciéndole perder la cabeza.

Cain se levantó de la silla y se acercó a una de las estanterías

para elegir un buen libro. Luego miró un cajón lleno de películas en DVD y buscó una cuyo guión había escrito P.
A. De
Long. Lo metió en el reproductor, vio su nombre en los títulos de crédito y siguió mirando.

Media hora después, seguía sentado en el sillón, concentrado en los meandros del guión, de tema paranormal, tan tenso que, sin darse cuenta, apretaba los brazos del sillón con las dos manos Entonces miró el reloj y apagó el reproductor. Pero se quedó mirando la pantalla oscura, pensando que quizá alguien de Hollywood había hecho correr la voz de que la agresión de Kreeg era inventada…

El simple rumor habría sido publicidad suficiente. ¿O lo habrían hecho los abogados de Kreeg? El seudónimo de Phoebe parecía dejar claro que no le gustaba la publicidad. Todo lo contrario, prefería esconderse detrás de su trabajo.

Cain volvió a su escritorio con una sonrisa en los labios. ¿Una chica como Phoebe escribiendo historias de terror? No le pegaba nada.

Intentó concentrarse en el trabajo, pero no era capaz. ¿Eso era lo que iba a pasar durante las próximas semanas? Si no tenía cuidado acabaría en la ruina, pensó, sacudiendo la cabeza.

Poco después sonó el intercomunicador.

—¿Señor? La señorita DeLongpree está fuera.

—Puede ir donde quiera, Benson —suspiró Cain.

—Pero ha anochecido y los perros están sueltos.

Cain salió a la terraza a la velocidad del rayo.

Los doberman corrían hacia un lado del jardín, mostrando los dientes… entonces vio una figura a lo lejos. Era Phoebe.

La llamó y ella se volvió para saludarle con la mano, como si no pasara nada. Cain salió corriendo, sabiendo que si no llegaba a tiempo los animales, entrenados para defensa, la harían pedazos.

—¡Cuidado, los perros!

Phoebe miró a los doberman que corrían hacia ella y se quedó parada. Cain vio, horrorizado, que los animales saltaban sobre ella. La tiraban al suelo…

Gritó para que se apartaran, pero los doberman no le hacían caso y tuvo que agarrarlos del collar.

Y entonces Phoebe soltó una carcajada.

Los perros no estaban atacándola. Estaban lamiendo su cara.

—Bueno, chicos, ya está bien. Pesáis una tonelada, venga, fuera.

Cain dio una orden seca y los doberman se apartaron. Entonces, nervioso, pasó una mano por la cara de Phoebe, por su cuello, sus hombros…

—Estás usando esto como excusa para tocarme, ¿verdad?

—¿No te han mordido?

—No. Estaban saludándome.

—¡Saludándote!

—Sí. Además, querían esto —contestó Phoebe, mostrándole unas galletas de perro que llevaba en la mano—. Galletas Scooby.

Cain cayó de rodillas y se pasó una mano por el pelo.

—¿Cómo has podido ser tan estúpida?

—¿Perdona?

—¡Podrían haberte destrozado! Son perros de defensa… podrían haberte matado.

—Si hubiera salido corriendo, quizá —contestó ella, mirándolo con cara de sorpresa. Estaba pálido y jadeaba como si quisiera comérsela él mismo—. Olvidas que Suzannah y yo dormíamos con estos perros cuando eran cachorros. Se acuerdan de mí.

—Ha pasado mucho tiempo, Phoebe —protestó él, poniendo una mano en su hombro.

Sin pensar, miró su boca. Esos labios rosados, tentadores…

Phoebe le devolvió la mirada y su pulso se aceleró. Aquella mujer ejercía sobre él un poder que no podía controlar. Lo hacía sentir como un animal que había pasado demasiado tiempo solo. Un ansia abrasadora lo llenó entonces. Un ansia que exigía satisfacción inmediata. Pero sabía que no sería suficiente con besarla. Querría mucho más. Porque nunca había deseado tanto a una mujer.

Lo había sabido nueve años antes y lo supo en el momento en que volvió a su vida.

—Te has arriesgado demasiado —dijo, cuando logró encontrar su voz, tirando de ella para levantarla.

Phoebe arrugó el ceño, preguntándose por qué había parado cuando, evidentemente, quería besarla.

—No, qué va. Zannah me dijo que los perros seguían aquí, así que traje estas galletas. Son sus favoritas. Además, ya había ido a

verlos a la perrera después de nadar un rato.

—Podrías habérmelo dicho.

Los perros estaban sentados sobre sus patas traseras, observando la escena.

—¿Y cuándo iba a decírtelo? No sales de tu cueva a menos que se te provoque y es obvio que nadie es bienvenido aquí.

—Estoy muy ocupado. Además, hemos cenado juntos.

—Pero no por elección propia —replicó Phoebe, tirando dos galletas al aire, que los doberman atraparon de inmediato—. Sí, la verdad es que dan un poco de miedo… si no los conoces.

—Para eso están.

—¿Para alejar a la gente?

—Sí.

—Yo creo que, más bien, te mantienen prisionero, Cain.

—Mi vida privada no te concierne —replicó él sin mirarla.

—¿Qué vida privada? Tú no tienes vida privada. Comes, trabajas, duermes. Y el señor Dobbs me ha dicho que hace siglos que ni montas a caballo, ni juegas al tenis ni vas a navegar. Por Dios bendito, Cain, no has salido de este sitio en cinco años.

Los ojos de Cain se oscurecieron.

—Déjalo, Phoebe —murmuró, chascando los dedos para alejarse con los perros.

—¿No estás exagerando un poco con esta reclusión? —le gritó ella.

Me parece que soy yo quien decide eso, no tú.

—No me gusta verte así.

Pues entonces quédate en tu lado de la casa y no lo verás.

¿Mi lado? Tendrá que ser más específico, amo.

Él se volvió, casi enseñando los dientes.

Te he dejado el ala este de la casa. Puedes ir donde quieras y hacer lo que quieras… excepto usar los botes.

—Y molestarte —añadió ella, tomándolo del brazo—. Cain, mírame.

No te metas en mi vida, Phoebe. No me conviertas en algo que no soy.

—Ni soñando.

—Excelente —murmuró él, volviéndose para seguir adelante.

Phoebe dejó escapar un suspiró.

—Hace nueve años eras un idiota y, aparentemente, eso no ha cambiado.

Cain se volvió, despacio. Eso de dar miedo lo tenía perfeccionado, pensó ella.

—¿Crees que por un solo beso puedes juzgarme?

—No, pero puedo juzgarte por lo que pasó después.

—¿Y cuál es el juicio?

—Que Cain Blackmon consigue siempre lo que quiere.

El la miró con expresión amenazadora y luego miró el paisaje, como entristecido.

—Lo siento, no quería hacerte daño.

—Sí querías. Actuabas como si no hubiera pasado nada, para que me fuese de aquí. ¿Es verdad o no?

—Sí, es verdad.

—Y me gustaría saber por qué.

—Porque ese beso hizo que me diera cuenta de que somos incompatibles.

Phoebe levantó los ojos al cielo.

—Venga, por favor, Blackmon. Si hubiéramos seguido besándonos cinco minutos más habríamos acabado en la cama. No podíamos ser más compatibles.

—El sexo no es una relación. No tiene nada que ver.

Había tenido relaciones sexuales con Lily, nada que ver con el beso de Phoebe, pero no había sido suficiente para que el matrimonio funcionara. Además, Phoebe no se ajustaba a su estilo de vida. Era demasiado poco convencional, demasiado salvaje, demasiado independiente.

—Estoy de acuerdo, pero si me hubieras dado una oportunidad… bueno, da igual. Olvídalo. El pasado es pasado.

—Aparentemente, no para ti.

Ella levantó la cabeza, orgullosa, negándose a admitir que había pensado muchas veces en lo que podría haber pasado entre ellos.

—No me dedico a recordar el pasado, Cain. Es una pérdida de tiempo. No se puede cambiar.

Cain desearía poder cambiar los últimos cinco años de su vida. Desearía haberse divorciado de Lily en lugar de intentar amarla. Había terminado odiándolo de todas formas.

—Te pido disculpas por haberte hecho daño.

Phoebe arrugó el ceño, preguntándose qué misterio se escondía tras aquellos ojos torturados.

—Muy bien, acepto tus disculpas.

—No estoy convencido.

—Cree lo que quieras —replicó ella—. Prometo quedarme en mi lado de la casa y no meterme en tu vida.

Luego se dio la vuelta y, para disgusto de Cain, los doberman, Jekyll y Hyde, la siguieron.

Genial. Primero sus empleados y ahora los perros.

La observó alejándose a paso rápido, furiosa. Y era lógico. Había intentado alejarla del hombre en el que se había convertido. Tenía que hacerlo. Phoebe lo hacía sentir vulnerable y, si supiera la verdad, se marcharía por la mañana y no volvería jamás.

Pero, aunque no podía hacerla suya, quería tenerla cerca.

Al verla entrar con expresión de trueno en el vestíbulo, Benson le ofreció una copa, pero Phoebe declinó la oferta.

Sabía que el alcohol empeoraría su insomnio… a menos que pillara una borrachera. Y no pensaba cambiar una noche de vomitonas por unas horas de sueño. Pero se negaba a tomar pastillas, temiendo acabar convirtiéndose en adicta.

Cerrando la puerta tras ella, Phoebe miró la *suite* que Cain le había ofrecido. Con un saloncito que daba a la terraza, el dormitorio y un cuarto de baño del que ninguna mujer querría salir nunca, era una habitación de antes de la guerra con algunos toques modernos.

Una fantasía en amarillo pálido, azul y lavanda, con una antigua cama con dosel. El ventilador del techo, con las palas en forma de hoja, movía las cortinas de la cama como si fuera una suave brisa…

Cruzando la habitación, se quitó los zapatos y se tumbó en la otomana con un libro en las manos. Pero después de unos minutos, ni siquiera su autor favorito lograba retener su atención.

Phoebe miró el ordenador portátil. No había escrito nada en varias semanas. No le faltaba dinero, pero por cada cinco escaletas que enviaba a los estudios solo vendía un guión. No podía permitirse vivir sin trabajar y se preguntaba qué pasaría con su carrera ahora que todo el mundo sabía quién estaba detrás de su seudónimo. A ella le gustaba el anonimato. Sabía que escribía cosas muy raras y no quería tener que soportar los juicios de los demás.

Especialmente, de los productores.

Y tenía que inventar algo, tenía que encontrar alguna buena idea para su próximo guión.

Suspirando, se levantó de la otomana y entró en el baño para darse una larga ducha caliente, ponerse una mascarilla y pintarse las uñas de los pies. Luego se puso una camisola, el albornoz y unas zapatillas con orejas de conejito. Sonriendo, porque esas zapatillas siempre le hacían sonreír, salió a la terraza arrastrando los pies. La brisa del río movía su pelo, refrescándola un poco.

Phoebe se sentó en un sofá de mimbre, encantada de que la barandilla fuera suficientemente baja como para poder admirar el paisaje. Había luces en la distancia y la luna se reflejaba en el agua. Veía los faros de los coches en el puente y eso le recordó que la vida y las emociones no estaban lejos de aquel sitio.

Aunque había tenido suficientes emociones como para que le durasen una vida entera.

Se dejó llevar por el paisaje, su imaginación inventando escenarios para esa gente a la que no podía ver. Estaba perdida en una escena que no iba a ninguna parte cuando oyó un ruido…

Levantándose, se apoyó en la barandilla para mirar hacia abajo. Las ramas de los robles parecían los brazos retorcidos de unas malignas brujas dispuestas a capturar a todo el que pasara por allí. Pero no veía a nadie.

Un escalofrío de terror la recorrió de arriba abajo.

Recuerdos que había intentado enterrar salieron a la superficie… Kreeg. Los ruidos extraños que había oído en los alrededores de su casa, las huellas que encontró y luego… una rosa, con una nota diciéndole que estaba cerca, que ella era suya y nunca lo vería llegar.

Nunca lo vería llegar…

Phoebe tomó un tiesto, dispuesta a tirarlo sobre la cabeza del primero que pasara por allí. Entonces volvió a oír el ruido… y recordó dónde estaba.

En Los Nueve Robles. Casi una prisión.

Los perros estaban fuera, pensó, dejando escapar un largo suspiro. Ladrarían si olían a algún extraño. Además, Kreeg estaba entre rejas. Estuvo a punto de llamar a la policía para comprobar que no había escapado de la cárcel, pero desistió, sintiéndose como

una tonta.

Suspirando, dejó el tiesto donde lo había encontrado, enfadada consigo misma por ser tan paranoica. Había ido allí precisamente para no tener miedo, pensó, volviendo a la habitación.

Y, sorprendentemente, en cuanto apoyó la cabeza en la almohada se quedó dormida.

Era más de medianoche cuando Cain se dirigió a su habitación, pero se detuvo al final de la escalera al oír unos pasos tras él. Benson subía corriendo, pálido.

—¿Qué ocurre?

—Es la señorita DeLongpree, señor. La he oído por el conducto de ventilación.

—¿Qué ha oído?

Entonces lo oyó. Un grito, largo y dolorido, haciendo eco por los pasillos.

Cain le hizo una seña a Benson para que volviera a su habitación y se dirigió hacia el ala este, pero cuando intentó abrir la puerta comprobó que estaba cerrada por dentro. Podía oírla gemir, suplicar y, asustado, empujó la puerta con el hombro. La puerta cedió de inmediato y Cain corrió hacia la cama.

Phoebe estaba hecha un ovillo, agarrándose a uno de los postes como si fuera el mástil de un barco en una tormenta. Tenía los ojos cerrados y los nudillos blancos. La llamó una y otra vez, intentando despertarla, pero cuando la tocó ella le arañó la cara.

—¡Phoebe, despierta! ¡Es un mal sueño, despierta!

Cain la agarró por los hombros para apartarla del poste.

—Despierta, sólo es un sueño. Despierta.

Ella dejó escapar un gemido y luego, de repente, parpadeó, mirándolo como si fuera un extraño.

—Soy yo, Cain. Has tenido una pesadilla, pero ya ha pasado. Tranquila, nadie va a hacerte daño.

Ella seguía mirándolo, con lágrimas en los ojos… y luego enterró la cara en su pecho. Y empezó a llorar.

Cain no quería tocarla, pero tenía que hacerlo. Tenía que consolarla de alguna forma, pero el roce de su piel era demasiado turbador…

Lo que realmente deseaba era tumbarse sobre ella, pero en lugar de hacerlo acarició suavemente sus hombros, esperando que su

propio cuerpo no lo traicionase. En medio del silencio, sintió que empezaba a relajarse, sintió que las curvas femeninas se apretaban contra su cuerpo. Cain podría pasarse una vida entera así…

—Lo siento —se disculpó Phoebe.

—¿Desde cuándo te pasa esto?

—Desde hace semanas.

—¿Qué te hizo Kreeg?

—Prefiero no recordarlo. Pero acabo de revivir la versión en tecnicolor.

Cain lo entendía y decidió no presionarla.

—¿Phoebe?

—¿Sí?

—¿Ya estás bien?

Ella levantó la mirada.

Sí, divinamente —contestó, tocando su cara. Cain se echó hacia atrás. Sabía que debía marcharse, pero deseaba tanto estar a su lado…

Sus miradas se encontraron. Y Phoebe sólo tuvo que susurrar su nombre.

Y entonces Cain buscó su boca con desesperación.

Nueve años y la conexión seguía allí.

Una conexión que explotó al primer roce.

# Capítulo 4

Un roce de sus labios y Cain supo que era una locura. Un simple roce y estaba hundiéndose en un abismo de deseo.

Cain la apretó contra su pecho.

Y entonces ocurrió lo peor.

Ella le echó los brazos al cuello. Devorándolo abiertamente. Podría convertirse en adicto con facilidad, pensó. Aquella mujer tenía más poder sobre él que él mismo. Pero la deseaba tanto, pensó, deslizando la lengua en su boca y disfrutando de algo que había soñado muchas veces.

Phoebe arqueó su cuerpo, dejando que la tocase por encima de la camisola, sus pechos dejando una marca de fuego a través de la ropa. Cain la tomó por las caderas, apretándola contra él, medio aplastándola contra el colchón… pero ella no se echaba atrás; levantaba las caderas para acomodarlo entre sus muslos… Aquello era una locura.

Su calor lo quemaba.

Se tocaban, se acariciaban, cada caricia más íntima que la otra, más desesperada. Cain deseaba estar dentro de ella, perder la cabeza del todo…

—Cain, Cain… —murmuró Phoebe entonces—. Nada ha cambiado. Nada.

De repente, él se apartó, asustado.

Todo había cambiado.

Él no merecía a aquella mujer. No podía tener lo que su cuerpo exigía. Y se dijo a sí mismo que era más fuerte que la tentación, que

su propia lujuria.

—Lo siento, perdóname.

—¿Cómo?

Cain debería haber intuido que algo iba a explotar en ese momento… y ese algo, lamentablemente, no era él.

—No debería haber hecho eso…

—No estabas solo, por si no te has dado cuenta —replicó Phoebe. Cain se percató de que estaba sin aliento.

Phoebe estaba sin aliento, sí. Porque lo deseaba, porque deseaba que la tocase como lo había hecho nueve años antes. Pero estaba haciéndolo otra vez, estaba apartándose. Aunque seguía sentado a su lado, sobre la cama, se había ido.

—Márchate, Cain. Vete de aquí.

Él la miró. Había cometido un error. Estaba tan preciosa con el pelo despeinado entre las sábanas bordadas… Tenía las mejillas coloradas y una tira de la camisola se había deslizado por su hombro mostrando uno de sus pechos.

—No puedes hacerme esto otra vez. Me niego.

—Te aseguro que no quiero hacerlo —suspiró él, levantándose.

Phoebe lo vio acercarse a la puerta.

—Perdóname —dijo sin mirarla.

—¡Deja de disculparte! Gracias por despertarme, pero la próxima vez, déjame sola.

Cain sintió esas palabras como un cuchillo en el corazón, pero no podía culparla. La había besado, la había acariciado sabiendo que no podía haber nada entre ellos. No podía dejar que lo hubiera. Pero tampoco iba a permitir que Phoebe tuviera pesadillas si él podía evitarlo.

Entendía su tormento… íntimamente.

—Haré que arreglen la puerta por la mañana —murmuró, señalando el picaporte roto antes de salir.

Luego se quedó en el pasillo, respirando con dificultad, su cuerpo deseando algo que no podía tener. No tenía derecho a estar con Phoebe porque la mujer a la que debería haber amado estaba muerta por su culpa.

Cain se dirigió a su dormitorio, al otro lado de la casa, resignado a soñar con lo que no podía tener.

Los ojos de Phoebe se llenaron de lágrimas mientras miraba la

puerta, deseando por un lado levantarse para cerrarla con llave y, por otro, esperando que él volviera. Para terminar lo que había empezado. Maldito fuera. Suspirando, se tumbó en la cama, de lado, golpeando la almohada con los puños. ¿Por qué tenía que pedir disculpas? ¡Dos veces! «Perdona, ha estado bien, me ha gustado bastante, pero ahora siento haberme puesto tan cariñoso».

Phoebe cerró los oídos, deseando dormir y deseándolo a él. Aquello no podía pasar. No podía enamorarse de Cain. Aunque intentaba decirse a sí misma que no tenía importancia, la tenía Ella siempre había sido sincera consigo misma y no tenía sentido engañarse, pensó, levantándose de la cama.

Había comparado a todos los hombres con Cain desde aquel beso. Como si estuviera buscando a alguien que le diera aquella misma emoción, aquel mismo deseo, aquel ansia desesperada.

Pero ningún hombre podía compararse con él.

Phoebe abrió las puertas de la terraza y, con los brazos apoyados en la barandilla, se quedó mirando el río, la luna brillando sobre sus aguas. La fragancia del jazmín y las glicinias le llegaba con la brisa, recordándole a su casa. Ella había crecido en un pueblo al sur de Los Nueve Robles, un sitio pequeño donde todo el mundo la conocía y sabía en qué líos andaba metida. Curiosamente, a pesar de la vigilancia, de pequeña era muy traviesa. Volvía locos a sus padres, siempre haciendo trastadas, intentando comprobar hasta dónde podía llegar, intentando ver qué había detrás de la siguiente colina. Ésa fue la razón por la que se mudó a Los Ángeles cuando podría haber escrito en cualquier otro sitio.

Pero allí, en Los Nueve Robles, las fronteras estaban bien marcadas. Cain había dejado eso claro desde el principio… y, sin embargo, las barreras habían caído en su cama durante unos minutos.

Evidentemente, Cain era un hombre atrapado.

Phoebe no había llegado donde estaba sin observar con detenimiento a la gente y diseccionar el comportamiento humano. Cain era un dragón encerrado en su cueva. Una bestia atormentada por algo. ¿El recuerdo de su difunta esposa? Debía haber querido mucho a Lily si su muerte lo había convertido en un recluso.

Pero tenía la impresión de que era algo más que eso. Cain no parecía el tipo de hombre que hace algo que no quiere y, sin

embargo, había dolor y amargura en sus ojos. Prácticamente rezumaba amargura.

Decidiendo que no resolvería el misterio esa noche, Phoebe volvió a la habitación y tomó el libro que estaba leyendo. No podría dormir, estaba segura. Y ahora se alegraba.

No quería que Kreeg invadiera sus sueños de nuevo.

Cain estaba frente a su escritorio, la bandeja del desayuno sin tocar. Había estado hablando por teléfono toda la mañana y estaba muerto de hambre, pero su tiempo era muy valioso. Además, trabajar era bueno para él porque cada vez que tenía un minuto libre Phoebe aparecía en su mente para atormentarlo.

Estaba intentando solucionar la última crisis cuando alguien llamó a la puerta.

—Ahora no, Benson.

La puerta se abrió de todas formas.

—Parece que no he hablado claro —murmuró Cain sin dejar de escribir.

—Como no soy Benson, eso no se me puede aplicar, ¿no? —Oyó la voz de Phoebe.

Algo dentro de él se puso tan duro como el acero.

—La gente tiene que trabajar para vivir.

—Sí, claro, ya te digo.

Por fin, Cain levantó la mirada. Vio que Phoebe tenía sombras bajo los ojos pero, a pesar de ello, conseguía estar *sexy*. Al verla con vaqueros y un top sin mangas de color verde agua, la poca tranquilidad que había logrado desde la noche anterior se fue por la ventana.

—¿Qué haces aquí?

—Paseando y, ahora, sentándome —contestó ella, tomando un bollo de la bandeja—. ¿No has desayunado?

—Evidentemente, no. Estoy intentando trabajar.

—Descansa un rato. Llevas aquí desde las cinco y media de la mañana.

Si lo sabía, ella misma debía haber estado despierta toda la noche. ¿Aquel beso habría estado atormentándola tanto como a él?

—¿No has dormido?

El, desde luego, no había pegado ojo.

—No, la verdad es que no —suspiró Phoebe.

Pero pensando en él había dejado de darle vueltas a su problema. Y el problema era que tendría que testificar contra Kreeg, tendría que explicar que un hombre con el que había salido tres veces se había obsesionado de tal forma con ella que entró en su coche, en su casa, en su dormitorio…

—¿Vas a pasarte todo el día en la oficina?

—Normalmente, es lo que hago.

—¿Incluso por las tardes? ¿Y a la hora del desayuno? —insistió Phoebe, tomando un trozo del bollo.

—A menudo —contestó él.

—Así que eres un recluso en tu propia casa.

—Es posible. Pero ahora estás en mi lado de la casa —suspiró él, tomando una tostada para atacar los huevos revueltos, todavía calientes.

—¿Hay una línea invisible? —preguntó ella, mirando alrededor —. Sé especifico, Cain. Pensé que podría ir donde quisiera.

—Y así es.

—Pero aquí no. Aquí no puedo entrar.

—Me gusta trabajar en privado y tienes todo un ala para ti sola.

—Sí, pero es más divertido estar en este lado.

—Cain no pudo evitar una sonrisa.

—No me había dado cuenta.

—No te das cuenta de muchas cosas, creo yo.

—Claro que me doy cuenta. Yo dirijo este sitio.

Phoebe levantó los ojos al cielo.

—Benson dirige esta casa, tú diriges tus empresas. Y seguro que no se arruinarían porque te tomaras un, día libre.

—Al contrario, mi mundo se vendría abajo.

En ese momento sonó el teléfono y Cain pidió a la persona que llamaba que esperase un momento.

—Phoebe, tengo que trabajar.

—Vive el momento, Cain. Cuelga.

—No puedo.

—Bueno, pues yo me voy a montar un rato.

¿A caballo?

—A menos que tengas otra cosa que se pueda montar —sonrió Phoebe que, inmediatamente, lamentó haber dicho esas palabras—. Sí, a caballo. A galopar, a trotar. Ya sabes, sobre una de esas cosas

de cuatro patas que tienes en los establos. ¿Vienes conmigo?

—No, gracias.

—Muy bien, sigue siendo el rey de tu castillo. Pero me debes una cena.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y te incordiaré y te incordiaré hasta que te portes como una persona civilizada.

—Mira, prefiero que no…

—No estoy escuchando —lo interrumpió ella, dirigiéndose a la puerta, donde esperaba Benson—. Benson, seremos dos para cenar. Y asegúrese de que Cain aparece.

Cain puso los ojos en blanco.

—Una jovencita muy persistente —comentó el mayordomo.

—Es una pesada.

—Por supuesto, señor.

—Lo es —murmuró Cain para sí mismo. Se negaba a encender la pantalla del monitor para verla. Si lo hacía, se convertiría en un *voyeur* y… ¿qué decía eso de él?

De repente, se sintió como el jorobado de Nótre Dame, mirando el mundo desde su torre.

Cuando estaba empezando a pensar en ir con ella, Cain miró la fotografía de su difunta esposa. El sentimiento de culpa le recordó de inmediato que había arruinado su vida porque no pudo amarla. Deseaba a Phoebe, y si era tan débil como para satisfacer ese deseo, arruinaría su vida también.

Cain puso la fotografía boca abajo.

Pero una hora más tarde salía a la terraza para ver a Phoebe galopar por el campo a toda velocidad sobre su mejor yegua. Dada su personalidad, habría esperado que montase al semental, pero el señor Dobbs era un hombre juicioso y no dejaría que montase a ese animal tan salvaje.

Cain vio que soltaba las riendas y levantaba los brazos al viento, sujetándose sólo con las piernas. Su risa le llegaba con el viento, cayendo sobre él como una capa. Hacía mucho tiempo que no se oía la risa de una mujer en aquella casa, pensó, entrando de nuevo en la biblioteca.

Para Cain, la tentación que representaba Phoebe DeLongpree era más de lo que podía soportar.

La radio sonaba a todo volumen en la cocina mientras Phoebe pasaba la fregona por el suelo. Willis estaba en la mesa, limpiando cubiertos de plata que no necesitaban ser abrillantados porque no se usaban, mientras un criado planchaba unas servilletas de lino. Phoebe estaba allí porque se había aburrido de estar sola, y Willis era una persona divertida. Solía bromear mientras hacía su trabajo… que, en opinión de Phoebe, era sólo para pasar el rato. En la casa no había invitados y pocas personas para las que cocinar, de modo que los empleados estaban tan aburridos como ella.

Jean Claude, el más animoso, estaba cantando a pleno pulmón mientras metía el pan en el horno.

—Willis, levanta los pies —dijo Phoebe.

—Pero si no queda un centímetro que no haya limpiado, señorita DeLongpree —rió Willis.

—Haz bien tu trabajo y no tendrás que hacerlo dos veces.

—¿Cuánta cafeína ha tomado esta mañana? —le preguntó Jean Claude.

Antes de que ella pudiera contestar, una voz llegó desde la puerta como un trueno.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?

Phoebe se dio la vuelta y Jean Claude apagó la radio al ver a Cain en la puerta.

Parecía furioso, pero a ella le daba igual.

—Eres muy listo, imagínatelo.

—¿Estás fregando el suelo?

—¿Lo ves? Ya sabía yo que eras muy listo.

—Deja esa fregona. Para eso están los empleados.

Phoebe miró alrededor y, después de dejar la fregona apoyada en la pared, se dirigió a Cain echando chispas por los ojos.

—¿Perdona?

—He dicho…

—Te he oído, no soy sorda. ¿Estás dándome órdenes, Cain Blackmon?

—Te estoy advirtiendo que no molestes a mis empleaos.

—¿O qué? ¿Me echarás de aquí? ¿Serás más gruñón de lo que eres? —replicó ella, clavando un dedo en su pecho que lo hizo recular—. Deja que te diga una cosa, Augustus Cain Blackmon IV, no me gusta nada que me gruñan. Pero nada. Puedes hacer el papel

del ogro del castillo con todos los demás, pero no conmigo. ¿Lo entiendes?

—¡Estás interfiriendo con el trabajo de mis empleados!

—¿Ah, sí? ¿Cómo? —preguntó Phoebe, señalando alrededor—. No hay nada que hacer. Los muebles del solárium tienen todavía el plástico de la tienda… ¿lo sabías? En esta cocina hay comida suficiente para alimentar a un batallón de marines y tienes suficientes habitaciones vacías como para alojar a un regimiento. Pero no haces nada con esta casa, la desaprovechas por completo. Tienes un montón de personas pendientes de ti, como si fueras… como si fueras un tirano. ¿Toda esta gente pendiente de tus más mínimos deseos? Por favor, intenta hacer algo por ti mismo de vez en cuando…

Él levantó una ceja, sorprendido.

—¿De qué estamos hablando ahora?

—Estamos hablando de… bueno, no sé, me he perdido —contestó Phoebe.

Cain tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír. Le gustaba ese brillo de furia en sus ojos verdes. No se sentía en absoluto intimidada por él cuando la mayoría de la gente se habría puesto a cubierto al verlo entrar. En parte, se preguntaba si estaría buscando una excusa para gruñir cuando Phoebe lo pasaba bien con los empleados porque Lily apenas hablaba con ellos excepto para darles órdenes. Comparar a ambas mujeres lo puso furioso de nuevo y Phoebe debió darse cuenta porque dio un paso atrás.

—Ésta es mi casa y hago en ella lo que me parece. Y te estoy pidiendo que dejes a mis empleados hacer su trabajo.

—No.

—¿Perdona?

—Son mis amigos y no voy a dejar de hablar con ellos porque tú lo digas. Y como todos están pendientes de tus deseos día y noche, sólo puedo hablar con ellos cuando están trabajando. Así que no, no voy a dejarlos en paz.

Cain apretó los dientes. No sabía si sacudirla por los hombros o besarla.

Tus empleados te están muy agradecidos —siguió Phoebe entonces—. Pero me parece que no les caes demasiado bien. ¿Eso es lo que quieres, intimidar a todo el mundo?

No, no quería eso. Pero cinco años de soledad lo habían convertido en un hombre antipático. ¿O era la presencia de Phoebe?

—Menos a ti, claro.

—Yo no pierdo nada por sacarte de quicio. Ellos sí. Pero la vida sería más agradable si no fueras por ahí ladrando a todo el mundo. ¡Esta gente te teme!

Cain arqueó una ceja, como diciendo que no le importaba.

Y ella lo miró guiñando los ojos.

—Ahora mismo no me caes nada bien.

—¿Ah, no?

—Pues no —contestó Phoebe, volviéndose para disculparse con los empleados por el comportamiento de su jefe. Luego pasó a su lado, sin mirarlo.

—Phoebe —la llamó Cain.

Ella levantó una mano y le dijo adiós, sin volverse. Cuando desapareció por el pasillo, Cain miró hacia abajo: sus brillantes zapatos negros, el suelo limpísimo… La cocina estaba como los chorros del oro, no había una mota de polvo en ninguna parte, nada fuera de su sitio.

Habría deseado que hubiera cierto caos, oír las voces, las risas que había oído un momento antes. Phoebe tenía razón, era como si nadie viviera allí. Como un museo de cosas preciosas que nadie apreciaba. O usaba.

Suspirando, se pasó una mano por el pelo y dejó escapar un largo suspiro. Luego se disculpó con los empleados y volvió a la biblioteca, de repente odiando esas cuatro paredes y a sí mismo.

Esa noche, Cain se sentó a la mesa del comedor, esperando.

Phoebe no llegó.

Pero Benson sí.

—¿Y bien? Fue ella la que quiso que cenáramos juntos. ¿Se puede saber dónde está? Benson se aclaró la garganta, incómodo.

—La señorita DeLongpree ha decidido cenar en su habitación.

Cain odiaba ver esa compasión en los ojos de su mayordomo.

—Pero me ha dado un mensaje para usted.

—Ya me lo imaginaba. ¿Cuál es el mensaje?

Acepta quedarse en su lado de la casa. Encantada.

Cain se levantó, dejando atrás la aromática cena, y volvió a su oficina.

Pero cuando llegó a la escalera, sacudió la cabeza. Phoebe ni siquiera estaba allí y, sin embargo, seguía siendo una obsesión.

—¿Quiere que le lleve la cena a la oficina, señor?

—No, gracias, Benson… No, espere, la llevaré yo —dijo Cain, tomando la bandeja.

—Señor…

—Relájese, Benson. Tómese un descanso.

—Pero… —empezó a decir el mayordomo, atónito.

—Estoy bien, se lo aseguro.

Cain entró en el solárium y dejó la bandeja sobre una mesa antes de empezar a quitarle el plástico a un sofá. De modo que Phoebe estaba en lo cierto…

Cenó sobre la mesita de café, con los pies apoyados en otro sillón, solo, mirando aquella habitación tan llena de luz. El ventilador del techo le llevaba la fragancia de las flores.

Aquélla había sido la habitación favorita de su madre, que juraba haberse casado con su marido sólo para disfrutarla. Y mientras cenaba, Cain aceptó que Phoebe tenía razón. No sabía disfrutar de su propia casa. Incluso después de haberse gastado una fortuna restaurándola.

Estupendo. A partir de aquel momento sería imposible vivir con ella.

Eso si Phoebe volvía a dirigirle la palabra.

# Capítulo 5

Abrochándose el cinturón del batín, Cain se detuvo en lo alto de la escalera, mirando hacia el ala este, sabiendo que Phoebe estaba allí, al final del pasillo.

No la había visto en dos días. Como prometió, se mantenía en su lado de la casa. De vez en cuando oía su voz, su risa, pero cuando miraba había desaparecido.

Era como un ser místico que se perdía en el bosque cuando el demonio humano se acercaba.

Eso hacía que su aislamiento le pareciera más pronunciado que antes de que llegase. No debería importarle, se decía a sí mismo, pero no le gustaba saber que Phoebe estaba enfadada con él.

Y tampoco le gustaba cómo la había tratado. Quería pedirle disculpas, pero ir a buscarla estaba fuera de la cuestión. Estar a solas con Phoebe no era buena idea.

Especialmente por la noche.

Cain bajó a la cocina, decidido a comer algo y tomar un vaso de leche que lo ayudase a dormir. El insomnio de Phoebe empezaba a ser contagioso. Sabía que ella no podía dormir porque Benson le había contado que paseaba por la casa de madrugada y que la luz de su habitación estaba encendida hasta las tantas.

Se preguntó entonces si habría bajado a la cocina porque esperaba encontrarse con ella… ¿Y por qué no podía dormir? Su atacante estaba en la cárcel y el juicio no tendría lugar hasta unas semanas más tarde.

—¿Seguiría teniendo miedo? En Los Nueves Robles no había

nada que temer.

Estaba alargando la mano para encender la luz de la cocina cuando vio una figura sentada a la mesa. La luz de la campana extractora era suficiente para reconocerla. Phoebe se volvió para mirarlo y, aunque no podía distinguir sus facciones, Cain podría haber jurado que estaba secándose las lágrimas.

—¿Estás bien?

Si «bien» significaba haber despertado de una pesadilla, sí, pensó Phoebe. Pero se sentía aliviada por la interrupción. Estar todo el día auto-compadeciéndose empezaba a ser patético.

—Sí, claro. Pasa, no te voy a morder.

—Mejor, porque no tengo ganas de bronca.

—Como que eso iba a importarme…

Cain sonrió mientras encendía la luz. Inmediatamente, Phoebe se abrochó el albornoz.

—¿Estás tomando un helado? ¿A estas horas?

—Cualquier momento es bueno para un helado de chocolate —contestó ella con una sonrisa.

Cain intuyó que era forzada y vio que tenía los ojos enrojecidos, pero no preguntó. Abrió la nevera, sacó los ingredientes para un sándwich y los colocó sobre la mesa.

—Benson me ha dicho que te acuestas muy tarde. ¿Tienes problemas para dormir?

—Muchos. Cuento ovejas, intento imaginar un campo verde, una habitación blanca, busco pensamientos que me relajen pero nada funciona. Y es demasiado fácil acostumbrarse a las pastillas, así que me niego.

—Sigues pensando en él, ¿no?

Phoebe levantó la cabeza, muy seria.

—Sí, bueno… Sé que está encerrado, pero no puedo evitar sentir que… no sé, que está detrás de mí, vigilándome.

—No está detrás de ti.

—Pero tiene dinero suficiente para salir en libertad bajo fianza. Sus abogados han intentado manchar mi reputación y me han advertido que no podré mandarlo a la cárcel —replicó ella.

Irá a la cárcel, no te preocupes —dijo Cain, cortando un trozo de *roast beef*—. ¿Qué te hizo, Phoebe?

—No quiero hablar de eso —contestó ella, levantándose para

guardar el helado en la nevera.

—Muy bien. ¿Quieres un sándwich?

—No.

Había dicho que no pero, tranquilamente, tomó un trozo de carne.

Cain sonrió para sus adentros. Le sorprendía que no saliera corriendo. Todo lo contrario. Estaba tan cerca que podía oler su perfume, casi notar el calor de su cuerpo.

—Lo siento, Phoebe.

—Como hemos intercambiado muchas palabras duras, tendré que preguntar qué es lo que sientes.

—Todo. Cómo te hablé el otro día…

—Te perdono. Pero no vuelvas a darme órdenes.

—Debería haber recordado que no te gustan las restricciones.

—Eso es porque de pequeña todo el mundo se chivaba a mis padres cuando hacía alguna trastada.

—¿Y qué hacían tus padres?

—Me castigaban, naturalmente. Pero yo volvía a hacer trastadas porque me molestaban los chivatos.

—Te entiendo. En mi casa, todo el mundo sabía lo que Suzannah y yo estábamos haciendo.

—Sí, pero tú eras el jefe.

—No siempre.

Phoebe levantó los ojos al cielo.

—Por favor… Nadie puede impedir que el príncipe de Los Nueve Robles haga lo que le parezca. Cain puso mayonesa en el pan.

—¿Estás diciendo que soy un niño mimado?

—Sí.

—Por Dios bendito, qué sinceridad. ¿Por qué tengo la impresión de que me espera un nuevo sermón?

Phoebe tomó un pepinillo del bote.

—¿Quieres que te dé un sermón? Yo los odio, pero si tú me lo pides…

—No te lo he pedido.

—Cobarde.

Cain levantó las cejas, pero era un gesto más simpático que amenazador. Aunque seguramente a él no le gustaría que hiciera esa observación.

—Estás acostumbrado a que todo el mundo salte cuando das una orden.

Excepto ella. Que bailaba con su propia música. Le gustaba eso de Phoebe, pero sintió la necesidad de pagarle con la misma moneda.

—¿Y tú qué? Tú quieres que todo el mundo baile al son que tú tocas. Que siempre es demasiado rápido.

—Cierto —admitió ella—. Pero la vida es demasiado corta como para perder el tiempo y uno tiene que hacer lo que le apetece.

—Pero tú no estás haciendo lo que te apetece. Está aquí, escondiéndote.

—De la prensa y de las llamadas de teléfono. Y no tires la primera piedra, Blackmon. ¿Por qué te has negado a salir de aquí en cinco años?

De repente, el humor de Cain cambió por completo. Era como si se hubiera cerrado una puerta en alguna parte.

—No intentes diseccionarme.

Phoebe lo miró, con la cabeza inclinada. Era tan guapo… aquel batín de satén oscuro le daba un aspecto tan poderoso, tan masculino. E increíblemente triste.

—Tú has sacado el tema.

—Siento haberlo hecho.

—¿Tanto la querías?

—¿Cómo?

—A tu mujer, Lily. Debía de ser una persona maravillosa.

—¿Eso es lo que crees, que estoy de luto por ella?

Por Dios bendito, pensó Cain. Todo el mundo lo pensaba, pero no quería que Phoebe creyera esa mentira. Aunque tampoco estaba dispuesto a contarle la verdad.

—Sí… bueno, no. No lo sé, pero Suzannah cree que…

—Suzannah no tiene ni idea.

—Porque tú no confías en ella.

—Ella no tiene por qué saberlo ni tú tampoco.

Phoebe levantó la cabeza, sorprendida por el seco tono. Por un momento, le pareció tan torturado, tan avergonzado, que decidió hacer algo.

—Cain mírame.

En lugar de obedecerla, Cain se dedicó a cerrar botes que luego

guardó en la nevera.

—No me creas tan noble. Te llevarías una desilusión.

Luego salió de la cocina abruptamente y Phoebe se sintió desprotegida, sola. Se quedó mirando la puerta y luego tomó la mitad del sándwich, que Cain había dejado sobre la mesa. Mientras masticaba, algo no paraba de dar vueltas en su cabeza: no estaba de luto por Lily.

Entonces, ¿por qué demonios se torturaba a sí mismo?

* * *

—No me mires así, Benson. Lo hará.

La expresión incrédula de Benson no dejaba lugar a dudas.

—Sólo intento evitarle un disgusto, señorita DeLongpree —suspiró el mayordomo, dándole una manta y una cesta de mimbre—. No se reunirá con usted.

—Pero no pasa nada por intentarlo, ¿no?

Phoebe entendía su preocupación porque, en realidad, estaba de acuerdo con Benson. Debería dejar a Cain en paz, seguir en su lado de la casa y no meterse donde no la llamaban. Pero, por otra parte, no dejaba de hacerse preguntas. ¿Por que había cambiado tanto? ¿Por qué pasaba de ser agradable a mostrarse frío como el hielo? Aunque su mera presencia hacía que le latiera el corazón a toda velocidad, era su alma la que ansiaba conocer esas respuestas.

Además, mientras pensara en él no podría pensar en Kreeg y su banda de abogados. Esos problemas le parecían triviales ahora. De modo que decidió seguir adelante con su plan.

Estaba en su naturaleza meterse en todo, además.

Especialmente cuando Benson le dijo que, aunque habían discutido, Cain le había confirmado que se reuniría con ella para cenar en el comedor. Y, al fin y al cabo, le debía una comida.

Phoebe se dirigió a la puerta y rodeó la casa para aparecer en la terraza de la biblioteca. Lo mejor sería tentarlo con la comida y con aquel día tan soleado.

Nerviosa, llamó a la puerta de cristal y se quedó esperando.

Cain se volvió, sorprendido. Enseguida se levantó para abrir la puerta de la terraza y se quedó asombrado por su belleza a la luz

del sol, su pelo moviéndose con la brisa, la brillante sonrisa que le ofreció a pesar de cómo la había contestado por la noche… Sólo cuando por fin pudo apartar la mirada de aquellas increíbles piernas, vio la cesta que llevaba en la mano.

—No.

La sonrisa de Phoebe desapareció y Cain se odió a sí mismo por ello.

—Pero si aún no has oído mi proposición.

—Es evidente.

—¿No tienes hambre? ¿No te gustaría tomarte un descanso de tanto trabajo, tantos ordenadores y tantas llamadas de teléfono de gente molesta?

—¿Eso no te incluye a ti?

—No, claro que no —contestó ella con una sonrisa. Si tenía que usar la fuerza, lo haría, pensó, tirando de su brazo para sacarlo a la terraza—. Hace un día precioso y mira este paisaje —le dijo, señalando las flores y los elegantes robles—. Venga, ven a jugar conmigo.

La implicación de esas palabras lo golpeó como un rayo.

Ella lo miraba retadora, invitándolo. Demonios. Cain quería mucho más que jugar con ella. Y no podía hacerlo. No quería hacerle daño. Y sabía que, al final, se lo haría.

—Phoebe, sé que lo haces con buena intención y crees que estás ayudándome, pero no quiero…

—¿Ayudándote a qué?

—No lo sé, supongo que pretendes que deje de ser un recluso.

Ella lo miró de arriba abajo.

—Eres un hombre adulto y no necesitas mi ayuda para nada. Sean cuales sean las razones que te han convertido en un recluso, es asunto tuyo. Estoy aburrida y voy a merendar al aire libre… y me gustaría que merendases conmigo.

—No piensas rendirte¿verdad?

—No. Acostúmbrate, voy a ser una lata. Phoebe se colocó tras él para darle un empujón y Cain tuvo que sonreír.

—Tengo trabajo.

—Eres el jefe, tómate el día libre. Y si dices que tu empresa no podría soportar que te tomaras un solo día libre, es que no la diriges tan bien como crees.

—Me está lanzando el guante, señorita.
—Pues recójalo, señor. —Phoebe le guiñó un ojo—. Acepta el reto.
Cain quería hacerlo, de verdad. Pasar un par de horas con ella era como beberse el sol. Y Phoebe era como siempre, llena de energía, de alegría. Era adictiva.
—Muy bien, pero deja que vaya a cambiarme.
—Oh, no. No voy a darte la oportunidad de cambiar de opinión.
—Mira que eres pesada —sonrió él.
—Y encantadora.
—Sí, pero eso ya lo sabías.
Cain miró en el interior de la cesta.
—¿Qué hay ahí?
—Pollo frito…
—¿Para un ejército?
—Y hay más cosas, pero es una sorpresa. Venga, vamos al río.
Cain sintió cierta aprensión. No había ido al río en mucho tiempo.
—¿Al río?
—¿Te apetece que demos un paseo en bote?
—No.
Y no quería que ella lo hiciera tampoco.
—Muy bien, entonces podemos sentarnos en el embarcadero.
—Prefiero no hacerlo.
—Sé valiente, yo te protegeré —sonrió Phoebe, dirigiéndose al río.
El embarcadero era un sitio perfecto para sentarse y ver la puesta de sol, pero Cain no había estado allí en cinco años. Y cuando empezó a pensar en Lily y en cómo había muerto, sacudió la cabeza. Pero fue tras ella.
Cuando olió a insecticida y vio que el suelo del embarcadero estaba reluciente, supuso que Phoebe tenía un aliado.
—Ven a sentarte —dijo ella, colocando una manta sobre los tablones.
Cain se dio cuenta de que aquélla iba a ser una merienda a la antigua cuando empezó a sacar fiambreras envueltas en paños y atadas con cintas.
Y se sintió emocionado. Lo había planeado todo

cuidadosamente, tan dispuesta que tuvo que ayudarle. Se sentía honrado. De modo que se quitó los zapatos y los calcetines para meter los pies en el agua.

—¿Lo ves? No ha sido tan difícil.

—Pero doloroso para ti. Mis pies son muy feos.

Tus pies son muy grandes —bromeó ella—. Además, hay algo en comer al aire libre que te hace sentir… no sé, hace que disfrutes más de todo.

—¿Eso es una excusa para haberme traído aquí a la fuerza?

—¿A la fuerza? ¡Ja! Necesitabas salir un rato o te habrías puesto a ladrar y a gruñir antes de volver a tu cueva.

—No sé si me gusta esa descripción.

—Niégala. Te reto —rió Phoebe.

—Nunca —sonrió Cain, tomando un trozo de pollo—. La batalla sería interminable.

—¿Lo ves? ¿A que merece la pena comer al aire libre este delicioso pollo que Jean Claude ha hecho para nosotros? Sabe mucho mejor.

El asintió con la cabeza. Tenía más apetito del que pensaba…

Entonces se fijó en la manta.

—La hizo mi abuela.

—Oh, no. Quizá no deberíamos usarla… pero me la dio Benson.

—No pasa nada. Mi abuela siempre decía que las cosas estaban para usarlas, no para mirarlas de lejos.

—Mi madre decía lo mismo. En mi casa no había nada que no tuviera un uso práctico. Cain miró hacia el agua.

—Yo solía venir aquí a sentarme cuando era un niño. Venía a pescar y no pescaba nada, pero me quedaba pensando…

—Te gusta estar solo, claro. A mí también, la verdad. Se piensa mejor.

—Por cierto, he visto una de tus películas.

—¿Ah, sí? Bueno, yo sólo escribo los guiones. Una vez que los vendo, no soy responsable de nada. Sólo me contrataron una vez para cambiar los diálogos mientras estaban rodando.

—De todas formas, tienes un talento asombroso.

—Gracias.

—Y una mente muy retorcida.

—No te preocupes, todo es ficción —rió Phoebe.

—Menos mal, estaba preocupado.

Ella sonrió, abriendo una fiambrera con ensalada de gambas.

—Me pondría como una foca si comiera así todos los días. Jean Claude tiene mi eterno agradecimiento y admiración.

—¿No sabes cocinar?

—Claro que sé. Sé abrir latas, poner el temporizador del horno, pararlo…

Cain rió y esa risa cambió su apariencia. Aquél era el hombre que ella había conocido nueve años antes.

—Incluso yo puedo hacerlo mejor.

—Unas personas tienen talento para una cosa y otras personas para otra. Yo no sé cocinar, pero estoy dispuesta a pagar a aquellos que han nacido con ese talento.

—He ido al solárium —dijo Cain entonces.

—¿Ah, sí?

—Tenías razón, los muebles siguen teniendo el plástico de la tienda. En esta casa hay demasiadas habitaciones que no se usan.

—El solárium es precioso. Creo que es mi habitación favorita.

—¿Has visto la casa entera alguna vez? Ella levantó los ojos al cielo, ofreciéndole un poco de ensalada de gambas.

—Tienes que probar esto.

Cain sujetó su mano para llevarse el tenedor a la boca. Estaba comiendo de su tenedor y algo se rompió, una barrera, un muro que ni siquiera sabía que existiera.

—¿Has visto toda la casa o no?

Estaban tan cerca que podía ver los puntitos dorados en sus ojos verdes.

—Todo, excepto tu habitación.

—Eso puede arreglarse —dijo Caín con voz ronca.

—¿Es una invitación? —preguntó Phoebe.

—Una invitación para hacer de guía turístico —contestó él, apartando la mirada. Pero la imagen de Phoebe en su cama había enviado su mente a un sitio en el que no debía estar.

—Ah, bueno. ¿Qué tal si me enseñas los pasadizos secretos?

—Zannah te lo ha contado. ¿Cuándo?

Hace años. ¿Cómo crees que nos escapábamos tan a menudo?

Cain se encogió de hombros.

—Con la ayuda de Benson.

—Lo adoro, pero no. Si nos hubiéramos portado mal, se habría chivado.

Cain estaba comiendo de su plato, ella del suyo, compartiendo y saboreando, y ninguno de los dos se dio cuenta de cómo pasaba el tiempo. Phoebe hablaba sobre su familia, sobre sus hermanos, los dos casados y con hijos y viviendo en la costa este. Sus padres estaban de vacaciones en Europa.

—La verdad, pensé que ya estarías casada y con hijos —dijo Cain.

—Por favor… eso dice mi madre.

—Como todas —sonrió él.

—Sí, bueno, yo también he tenido esos sueños de niña: casarme con un hombre maravilloso, tener hijos… y algún día tendré la casa llena de críos, seguro.

De repente, Cain notó que se distanciaba, que se alejaba de él. Yeso le partió el corazón.

—Desde luego, tienes energía suficiente para correr detrás de ellos.

Phoebe sonrió.

—Los niños son muy divertidos. Todo es nuevo para ellos. Hacen que mires el mundo de otra forma. Pero yo creo que la gente comete el error de creer que en cuanto pueden hablar también pueden entenderlo todo, y no es así.

Cain levantó una rodilla y apoyó la espalda en un poste del embarcadero. No estaba interesado en la comida o en el paisaje tanto como en mirarla a ella. Tenía los pies metidos en el agua y comía con un apetito sorprendente para ser una mujer tan pequeña. Su tamaño lo hacía sentir gigantesco a su lado. Protector.

Entonces pensó en Kreeg y en lo que podía haberle hecho, pero evitó hacer preguntas. No quería estropear el momento. Estaba perdido en sus pensamientos y ni se percató de que ella se había levantado hasta que rozó su hombro…

—¿Qué?

—Quiero que nos apartemos del sol.

—Ah, perdona.

Phoebe estaba al borde del embarcadero, inclinándose para tomar los platos cuando Cain hizo lo mismo y, sin darse cuenta, tropezaron el uno con el otro.

Entonces, horrorizado, Cain comprobó que ella perdía pie y caía al agua…

—¡Phoebe! —gritó, poniéndose de rodillas, impaciente por verla reaparecer—. ¡Phoebe!

Metió la mano en el agua, pero no tocaba nada. Recuerdos de Lily hicieron desaparecer todo pensamiento racional, su corazón latiendo descontrolado.

Phoebe sacó la cabeza del agua, apartándose el pelo de la cara, muerta de risa.

—¡Por favor, no me lo puedo creer!

—¡Dame la mano! —gritó Cain.

—No pasa nada. Estoy bien —rió ella, apoyándose en los tablones para subir al embarcadero.

En cuanto estuvo arriba, Cain la tomó entre sus brazos y escondió la cara en la curva de su cuello, respirando agitadamente.

Allí ocurría algo raro, muy raro, pensó Phoebe.

—Te estás mojando.

—Me da igual.

Se dio cuenta de que Cain estaba temblando y se apartó para mirarlo. Y entonces recordó que su mujer había muerto ahogada…

—Cain, yo estaba en el equipo de natación de la universidad, ¿recuerdas? No tienes que preocuparte por mí.

Pero él estaba en otro sitio, en la oscuridad, el dolor y la culpa. Podía verlo en sus ojos.

—Phoebe —susurró, pasando una mano por su pelo mojado. Luego inclinó la cabeza para buscar su boca, con la misma pasión que nueve años atrás.

Sólo hacía falta una chispa para que se convirtiera en un incendio, pensó Phoebe.

Y ésa fue la chispa.

# Capítulo 6

Si la pasión tuviera un sonido, sería el de los jadeos. Phoebe apenas podía respirar porque el abrazo era tan apretado… Cain la sujetaba por la ropa mojada como si quisiera meterla dentro de él.

Se sentía gloriosamente devorada, deseada. Y se dejó ir. Se dejó llevar por las emociones, por el deseo.

Cain no dejaba de besarla, de tocarla. Phoebe lo dejaba hacer, encantada, y cuando empezó a acariciar sus pechos pensó que iba a desintegrarse. Cuando apretó sus pezones, supo que sería así.

Se acercó más, haciéndole saber que le gustaba, que quería que siguiera. Pero intuía que él estaba luchando contra sí mismo. Y esperaba que ganase.

Cain se apartó un momento para respirar y luego volvió a devorar su boca, gimiendo roncamente cuando ella empezó a tocarlo.

Era provocadora y la deseaba cada vez más. Deseaba oír sus gemidos de placer, sentir su piel derritiéndose contra la suya. La deseaba allí mismo, en aquel mismo instante, y se apartó para besarla en, el cuello…

—Phoebe, me vuelves loco.

—Lo mismo digo —consiguió decir ella, deslizando la mano por encima de la cremallera de su pantalón.

El sonido que Cain emitió era mitad jadeo mitad gemido, y eso la excitó. Quería estar desnuda a su lado, quería explorar lo que había soñado explorar durante tantos años.

—Contigo pierdo la cabeza —insistió Cain.

—No te atrevas a pedir disculpas —le advirtió ella.

—No pensaba hacerlo.

Phoebe lo miró a los ojos.

—Pero has pasado miedo.

—Estaba aterrado.

—Soy una buena nadadora, Cain. Si quieres, puedo enseñarte todas las medallas que tengo.

—No hace falta.

—De todas formas, me alegra que te hayas preocupado un poco.

—¿Cómo?

—No por Lily, sino que te hayas preocupado por mí.

—Por Dios bendito, Phoebe. ¿Es que no lo entiendes? Te necesito tanto como necesito respirar…

—¿Y luego qué?

—¿Cómo?

—Después de acostarnos juntos, ¿qué?

El no dijo nada y Phoebe entendió que el momento se había roto.

—Ya veo —murmuró, apartándose.

—Phoebe…

—Soy una fantasía, lo entiendo. No pasa nada. Nunca había sido la fantasía de un recluso.

Evidentemente, no le hacía ninguna gracia o no estaría enfadada. No quería ser sólo una fantasía… Cain estaba a punto de ponerse a gritar de alegría, pero la realidad siempre tenía que aparecer en el peor momento.

—Sí, soy un recluso, pero ahora mismo tú también lo eres —dijo, colocándose justo delante de ella, como una pared.

—¿Qué haces?

—Mira por encima de mi hombro, al otro lado de la cerca.

Phoebe miró y vio que había una furgoneta blanca. La furgoneta del canal de televisión que llevaba semanas persiguiéndola.

—Oh, no.

—Los dos tenemos buenas razones para escondernos.

Otra vez los fotógrafos, pensó Phoebe. Y él estaba intentando protegerla.

—¿Crees que nos han visto?

—Si tienen teleobjetivo, seguramente.

—Genial.
—¿Te avergüenzas?
—No. ¿Y tú?
—En absoluto.
—Estoy pensando qué harán con esas fotografías. Podrían involucrarte a ti.
Aunque a Cain no le importaba lo que pasara, se sintió conmovido por su preocupación.
—Llevan años hablando de mí, Phoebe. Me da igual.
—¿Sabías que estaban aquí?
—Llevan ahí desde que llegaste a Los Nueve Robles —suspiró él.
—Lo tendré en cuenta —dijo Phoebe entonces, sonriendo con expresión traviesa. Si aquellos idiotas de la furgoneta no estuvieran allí, se habría desnudado para Cain y se habría puesto a jugar con él allí mismo.
Como si él hubiera leído sus pensamientos, sus ojos se ensombrecieron, volviéndose de un marrón oscuro, casi negro.
—¿Qué tal si nos escondemos?
—¿Perdona?
—Vamos a salir corriendo. A ver si nos vigilan.
—¿Para qué? ¿Qué más da? —preguntó Cain, atónito.
—Ya, bueno, es una cuestión de principios. Era un reto y Cain lo encontraba divertido. Quería aceptarlo…
—Deja la cesta —murmuró, tomando su mano—. Podemos recuperarla más tarde. Venga, corre.
A Phoebe no había que decírselo dos veces y, descalzos y con la ropa mojada, salieron corriendo por el embarcadero. Las piernas de Cain eran dos veces más largas que las suyas y Phoebe intentaba seguir sus pasos mientras atravesaban el césped. Aunque la mansión parecía un puntito desde allí, estaban decididos a llegar…
Pero no podía seguirlo.
—Cain, para —le suplicó. Cain se detuvo un momento, la tomó en brazos y siguió corriendo hasta detenerse, los dos muertos de risa, cuando llegaron a los establos.
—No me lo puedo creer… esos idiotas han cambiado de sitio para seguir haciendo fotografías. Seguro que intentan ir hacia el huerto…
Phoebe no podía parar de reír, pero cuando Cain la miró a los

ojos, la risa se le atragantó.

Todo lo que había alrededor desapareció al ver el brillo de sus ojos, su sonrisa. ¿Qué mujer podría resistirse cuando Cain Blackmon sonreía así?

A unos metros, un empleado dejó de cortar malas hierbas y se dirigió hacia ellos.

—¿Pasa algo, señor Blackmon?

—No, no, todo está bien… esto…

—Mark —dijo Phoebe en voz baja.

—Todo está bien, Mark, gracias.

El hombre asintió, aunque no parecía convencido, y volvió a su trabajo.

—¿Sabías su nombre?

—Es que yo pongo atención —contestó ella.

Entonces el cielo se oscureció. Una nube negra se había colocado encima de ellos y parecía a punto de descargar.

—Oh, no, la manta de tu abuela…

—No te preocupes, no pasa nada. La hemos dejado tirada bajo la lluvia muchas veces y resiste como una jabata —sonrió Cain.

—¿Crees que los hemos perdido?

—No cuentes con ello. Sospecho que en cuanto supieron que venías aquí contrataron más gente para hacer turnos.

—En fin, lo siento.

—No te preocupes, estoy acostumbrado.

—Yo no —suspiró Phoebe.

—Por lo que he leído, no han sido muy amables contigo —musitó Cain.

Ella hizo una mueca.

—Han destrozado mi reputación, han arrastrado mi nombre por el barro…

—No te preocupes por eso. A partir de ahora tendrás más trabajo, especialmente cuando condenen a Kreeg.

—Lo dudo. Tiene mucho dinero y mucho poder. La gente como él es capaz de hacer cosas que personas como yo no podemos hacer.

—¿Por ejemplo?

—Hacer que se cuente sólo una parte de la historia.

—Sé que está mintiendo, Phoebe.

—Y yo, pero puede que el jurado no lo crea. Puede que piensen

que soy una buscavidas o algo así.

—¿Qué dice tu abogado?

—Que Kreeg podría salir con una advertencia del juez y una simple orden de alejamiento.

Era lógico que estuviera tan asustada, pensó Cain. Porque eso podría pasar. No sería la primera vez.

—Entonces necesitas un abogado nuevo.

—¿Qué? Pero si apenas puedo pagar a este…

—Eso ya lo veremos.

Phoebe dejó de caminar cuando empezaron a caerle gotas en la cara.

—¿Qué quieres decir?

—Que tendrás el mejor abogado.

—No.

—¿Por qué no?

—No quiero caridad…

—Por Dios bendito, Phoebe…

—No quiero meterte en esto. Ya es bastante molesto tener que esconderme aquí, no pienso dejar que arrastren tu nombre por el fango.

Cain la miró, sorprendido.

—¿No quieres que Kreeg pague por lo que ha hecho?

—Claro que sí.

Entonces, tendrás que luchar con sus mismas armas.

Phoebe abrió la boca para protestar, pero Cain la tomó entre sus brazos.

—Deja que te ayude. Puedo hacerlo, no es un problema para mí.

Tenía que protegerla de Kreeg. O quizá de sí mismo. Estaba sola en esa batalla y no tenía por qué estarlo.

—Por favor, Phoebe, yo tengo recursos.

Por fin, ella asintió con la cabeza y Cain le dio un beso en la frente. Las nubes empezaron a descargar entonces con toda su fuerza mientras ellos se quedaban abrazados en medio del campo, sintiendo que algo los unía, los ataba. El miedo empezó a desaparecer, la soledad se alejó…

Cain se preguntó cómo iba a lidiar con esos sentimientos cuando ella se fuera de Los Nueve Robles.

Pero lo único que Phoebe sabía era que, por el momento, tenía

un aliado.

Unos minutos después, Benson apareció a su lado con un paraguas.

—Perdone, señor, pero ¿no ha notado que está lloviendo?

Ellos lo miraron, luego se miraron el uno al otro y soltaron una carcajada.

—¿En serio? —preguntó Cain que, sin aceptar el paraguas, tomó a Phoebe por la cintura para dirigirse hacia la casa.

Pero la lluvia se convirtió en una auténtica tormenta, con truenos y relámpagos, y tuvieron que salir corriendo.

Una vez en casa, Cain sacudió la cabeza como un perro y la miró. Phoebe estaba apartándose la camiseta, pegada a sus curvas como una segunda piel. Qué mujer tan hermosa. Con un saco de patatas estaría igualmente guapa, pensó.

Un empleado apareció entonces con unas toallas.

—Señor Blackmon…

Cain envolvió a Phoebe en una suave toalla blanca.

—Vas a pillar un resfriado.

—No te preocupes, tengo un buen sistema inmunitario.

—Ve a cambiarte antes de que Benson se ponga en plan enfermera.

Benson hizo una mueca, como si ese comportamiento fuera impensable para él, y Phoebe se alejó por el pasillo. Pero enseguida se dio la vuelta.

—¿Cain?

—¿Sí?

—A veces me sorprendes.

Él sonrió.

—Tú siempre me sorprendes, cariño.

Ella siguió escaleras arriba, dejando huellas mojadas por todo el suelo de madera.

—Cain miró a Benson, sonriendo como un bobo, y luego le dijo que habían dejado la cesta y la manta en el embarcadero.

—Pero Benson lo miraba como si no entendiera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cain.

—Hace años que no lo veía sonreír, señor. Cain miró hacia la escalera.

—Sí, lo sé. Aprovéchate mientras puedas. «Porque cuando ella

sepa la verdad, se marchará de aquí».

Cain imaginó cómo sería la vida con Phoebe. La amarga sensación de que no la tendría nunca lo mataba por dentro.

Una hora después, Cain estaba en la biblioteca, moviendo el asunto. Primero, llamó al abogado de Phoebe y no se quedó en absoluto impresionado. O no era nada bueno o simplemente era demasiado inexperto como para enfrentarse a un juicio de ese tipo. En cualquier caso, no serviría para luchar contra la flota de abogados de Kreeg.

De modo que Cain llamó a los suyos para que encontrasen al mejor abogado criminalista de Carolina del Sur. Después de media hora al teléfono se sintió satisfecho. Phoebe estaría bien representada. Luego llamó a su director financiero.

—Vende todas mis acciones de la empresa Kreeg.

—No se lo aconsejo, señor Blackmon. Está ganando una fortuna.

—Ya tengo una fortuna. Véndelas y compra acciones de una empresa competidora —contestó Cain, mirando unas notas—. Dream Images.

El hombre protestó, pero Cain no pensaba dar marcha atrás. No quería arruinar a Kreeg, pero tampoco pensaba apoyar a una empresa cuyo presidente atacaba a mujeres indefensas.

Después, llamó a un investigador privado. Ahora que tenía el consentimiento de Phoebe, podía hacer que aquella pesadilla terminase de una vez.

Phoebe asomó la cabeza en la biblioteca después de llamar suavemente a la puerta. Cain estaba al teléfono y parecía más bien irritado.

—Si lo ha hecho una vez, hay razones para creer que lo haya hecho antes… Estoy seguro de que hay más víctimas de Kreeg, así que encuéntrelas…

Muy bien.

Después de colgar, levantó la mirada y su expresión se suavizó.

—Gracias —dijo Phoebe.

—Aún no he hecho nada.

—Sí lo has hecho. Le has dado una razón a Kreeg para ponerse nervioso.

—Es lo que se merece.

—Supongo que todo esto lo haces de forma anónima.

Para todo el mundo excepto para mis abogados, sí. Es mejor así, Phoebe. Mi nombre también ha sido arrastrado por el barro, no lo olvides.

Ella no estaba de acuerdo, pero no pensaba intentar convencerlo. Su nombre daba miedo. Y no le sorprendía. Cain Blackmon podía ser aterrador y estaba claro que no era de los que aceptaban un: «Haré lo que pueda».

Phoebe lo admiraba por ser tan decidido. Pero hacía que se preguntara, de nuevo, por qué, con todo lo que tenía Cain Blackmon, no se atrevía a enfrentarse con el mundo.

Estaba segura de que algún día se lo contaría y no quería presionarlo. Además, estaba empezando a ver al Cain que había conocido nueve años antes y no quería que eso cambiara…

Entonces se percató de que estaba enamorándose de él otra vez. Un error. Un tremendo error.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer hoy, con esta lluvia? —preguntó Cain.

Había una tormenta de verano al otro lado de las puertas, pero apenas podían oír el ruido de la lluvia golpeando los cristales.

Ella se encogió de hombros.

—Voy a leer un rato. Te dejo con tu trabajo.

—Espera. —Cain se acercó a un mueble antiguo y sacó una botella de coñac—. No te vayas. El corazón de Phoebe dio un vuelco. Normalmente le decía que se perdiera…

—Si es para mí, no lo necesito.

—Es sólo un poco de coñac. Siéntate.

Ella se dejó caer sobre el sofá, suspirando. —Es el miedo lo que te hace ser tan inquieta. Intenta dormir. Pareces agotada.

Tres días allí y no había pegado ojo, pensó Cain. ¿Para qué servía una fortaleza si aun así no se sentía protegida?

—Lo sé, pero no puedo descansar más que unas horas al día…

—Inténtalo. Aquí estás a salvo. No voy a dejar que nadie te haga daño. Y en tus sueños, Kreeg no puede hacerte nada.

—Pero lo hace —murmuró Phoebe con los ojos llenos de lágrimas. El corazón de Cain se fracturó un poco más.

—Tú le das poder cuando dejas que te atormente —murmuró, apartando el pelo de su cara.

Phoebe contuvo el deseo de apoyar la cara en su mano.

—Lo sé —musitó, tomando un traguito de coñac—. Será mejor que te deje con tu trabajo… Pero le pesaban los párpados.

Intentó levantarse, pero él la mantuvo allí, colocando los cojines y quitándole la copa de coñac de la mano.

—Si tienes que subir a tu habitación, te despertarás, así que duerme aquí.

—Pero tú estás trabajando…

Cain le quitó las sandalias y luego sacó una manta de un viejo arcón para taparla.

—No pasa nada. Cierra los ojos.

—Sí, señor —murmuró ella.

—Tonta.

—Ogro.

Cain deseaba tocarla, besarla, pero en lugar de hacerlo se sentó tras su escritorio. No hizo un solo ruido, no quería despertarla. Parecía tan pequeña en aquel enorme sofá… A pesar de su energía, era una mujer herida, atormentada. Podría saber lo que Kreeg le había hecho a través del detective, pero era un asunto privado. Esperaría hasta que Phoebe confiara en él lo suficiente como para contárselo.

Ni siquiera se le ocurrió hablarle de Lily. No era lo mismo. Phoebe era inocente. Él no.

Cain se concentró en el trabajo, desviando las llamadas para que no la despertasen. De vez en cuando levantaba la mirada y suspiraba, aliviado, al comprobar que seguía durmiendo plácidamente.

Una hora después, salió de la biblioteca sin hacer ruido. Y se encontró con Benson en el pasillo, con cara de susto.

—Señor, no encuentro a la señorita DeLongpree.

—Está durmiendo —contestó él, señalando la biblioteca. Benson levantó las cejas, pero Cain no le dio explicaciones. Sabía muy bien que aquél no era un comportamiento normal en él—. Que nadie la moleste.

Benson asintió, su estoica expresión convirtiéndose en una sonrisa cuando Cain Blackmon dobló por el pasillo.

Era casi medianoche cuando Cain levantó a Phoebe del sofá y la llevó a su habitación. Parecía tan frágil entre sus brazos… Afortunadamente, seguía dormida. La pobre debía llevar días sin

pegar ojo. Entró en la *suite*, donde el embozo de la cama ya estaba apartado, la dejó en el centro con cuidado y la cubrió con el edredón.

Luego cerró las puertas de la terraza y estuvo tentado de dejar a uno de los doberman al lado de su cama, pero no lo hizo. Iba a salir, pero se dio la vuelta, mirándola con expresión pensativa.

Desde luego, daba mucha guerra para ser alguien tan pequeño, pensó. Pero le gustaba. Mucho más de lo que debería. Le daba vida a la casa y eso era algo que echaba de menos.

Sin pensar, se inclinó para darle —un beso en los labios. Que ella respondiera, incluso dormida, le conmovió.

Que musitase su nombre… le tocó el alma.

# Capítulo 7

Cain se preguntó qué estaba haciendo cuando salió de la biblioteca por tercera vez aquel día.

Pero lo sabía muy bien.

Tenía una docena de razones para permanecer encerrado en su cueva, como la llamaba Phoebe, pero ya no le apetecía estar encerrado. Intentaba no prestar atención al ruido que destrozaba por completo su concentración, pero sabiendo que ella estaba cerca, llevando risas a su solitaria casa, se olvidaba de todas las advertencias.

En parte, deseaba no encontrársela.

Pero se la encontró, charlando en el solárium con Willis.

El joven estaba sirviendo el almuerzo mientras Phoebe, sentada en un sofá, con los pies sobre la mesa de café y un libro en las manos, bromeaba con él.

Apoyando un hombre en el quicio de la puerta, Cain se quedó mirando. Era patético que se sintiera tan fascinado por su expresiva cara.

Willis dijo algo y ella sonrió. Y esa sonrisa iluminó todo el solárium.

El joven parecía enamorado de ella y, aunque eso le hacía sentir celos, Cain la admiraba. Admiraba que fuese capaz de hacer que todo el mundo se sintiera cómodo con ella.

Entonces Phoebe levantó la mirada y lo vio en la puerta.

—¿Tu madre no te enseñó que espiar está muy feo?

—Sí, señorita —contestó Cain.

Willis se volvió, cortado, como si lo hubiera pillado haciendo algo malo, mirando de uno a otro sin saber qué hacer. Cain arrugó el ceño. La gente que trabajaba para él lo temía… Eso lo hizo pensar que en el último año se había convertido en un ogro. Y esa gente no se lo merecía. Especialmente cuando su furia iba dirigida a sí mismo.

—Tranquilo, Willis. ¿Por qué no te tomas un descanso?

—Sí, señor Blackmon.

—Tomate el día libre. Seguro que podremos arreglárnoslas solos —sonrió Cain. Phoebe estaba sonriendo también y podría haber jurado que no había visto nada en el mundo más hermoso.

—Perdone, señor Blackmon, no quiero parecer desagradecido, pero Benson es quien dirige mis actividades y eso podría disgustarle.

Cain pulsó el intercomunicador.

—¿Benson?

—Sí, señor.

—Dele el día libre a Willis. De hecho, dele el día libre a todo el personal. Con paga, naturalmente.

—¿Perdone?

—¿Hay algo que no pueda dejarse para mañana? —preguntó Cain.

—La cena, señor.

Cain miró a Phoebe y ella le guiñó un ojo.

—Podemos hacerla nosotros solos. ¿Algo más?

—No, pero…

—Por Dios bendito, ¿voy a tener que sacarles a empujones de mi casa?

Willis soltó una risita.

—Parece que sí, señor —contestó Benson—. Muy bien, nos tomaremos el día libre. Que lo pase usted bien.

Cain le deseó lo mismo antes de cortar la comunicación y Willis se despidió a toda prisa, prácticamente quitándose la corbata por el pasillo. Luego se volvió hacia Phoebe, que había bajado las piernas de la mesa y estaba mirándolo, asombrada.

—Estoy impresionada.

No haber prestado atención al miedo que le tenían sus empleados avergonzaba a Cain.

—Están siempre encima… —murmuró, como si ésa fuera la razón por la que les había dado el día libre.

—Ven, siéntate conmigo —dijo ella—. ¿Quieres comer algo?

—Sí, gracias.

—¿No tienes mucho trabajo?

—No, todo está hecho —contestó él. Una mentirijilla porque siempre tenía trabajo, pero nada que no pudiese esperar—. Soy un genio, ¿no lo sabías?

—Lo sé desde hace años —respondió Phoebe, partiendo el sándwich por la mitad—. Mira, también hay ensalada de cangrejo.

—Estupendo.

—¿Por qué has salido de tu cueva?

—Creo que tú sabes por qué.

—No, no lo sé. Y si dices que lo has hecho por mí, me temo que no lo creeré.

—¿Por qué?

—Porque para sacarte de merienda tuve que amenazarte con una represalia violenta.

Cain se encogió de hombros, incapaz de dar una respuesta que no abriese demasiado la puerta. Pensó en lo que quería, en lo que mantenía a distancia… Quería a Phoebe y necesitaba olvidar el pasado.

Si ella lo supiera, saldría corriendo, y eso no podría soportarlo.

—Vienes mucho al solárium.

—Sí, me encanta. Es como estar al aire libre… sin bichos.

—¿Te refieres a las moscas?

—Y a los fotógrafos —rió Phoebe. Cain iba a levantarse, pero ella lo detuvo—. Déjalo. Siempre encontrarán la manera de arruinarme la vida.

Él no estaba de acuerdo, pero volvió a sentarse sin protestar. Se tomó la mitad del sándwich de dos bocados y Phoebe supo que quería más.

—Tómate el mío, yo tengo la ensalada.

—No, gracias.

—Venga, sé que lo quieres.

—Hay otras cosas que me interesan más —dijo Cain.

—¿Ah, sí?

—Sí, tus patatas fritas —contestó él. Sonriendo, Phoebe se comió

el resto del sándwich.

—Menos mal que no lo quería —bromeó Cain.

—Oye, que has tenido tu oportunidad.

—Espera… tienes mayonesa ahí.

Phoebe se pasó la lengua por los labios. Y Cain tuvo que tragar saliva. Aquella mujer era deliciosamente *sexy*. Irresistible. Y cuando alargó la mano para tomar una servilleta, él se inclinó hacia delante, tan rápido como un predador atacando a su presa.

—Lo haré yo —murmuró, inclinándose para besarla.

Phoebe se derritió por completo. La lengua de Cain trazaba la línea de sus labios de manera provocadora. Después, pasó de la exploración a la total posesión. La besaba como si quisiera comérsela, apretándola contra su pecho, sin dejarla respirar.

Luego metió la mano bajo su trasero para sentarla sobre sus rodillas, la erección masculina apretándose contra el vientre de Phoebe y despertando un gemido. Sí, pensó ella, más. Quería más. Lo deseaba y su respuesta no dejaba lugar a dudas. Lo había deseado durante años, preguntándose si pasión era lo único que había entre ellos. Pero supo, cuando Cain empezó a acariciar sabiamente sus pechos, que aquella pasión podría durarle una vida entera.

De modo que se agarró a sus hombros, apretándose contra su pecho. Notó entonces que había cierta resistencia por parte de Cain… y cuando él se apartó para mirarla, Phoebe se preguntó qué pasaría por su cabeza.

Pero lo supo enseguida.

—Quiero tocarte. No, necesito tocarte. Me excitas más que nadie.

—Me alegro —sonrió ella—. Pensé que nada podría hacer que salieras de ese sitio en el que estás escondido.

Enseguida lamentó haber hecho ese comentario porque Cain la miró y en sus ojos pudo ver un sentimiento de culpa que no entendía. Una oscura carga, como un demonio que se lo comía por dentro.

Por eso volvió a besarlo, para hacerle olvidar… lo que fuera. Y Cain se dejó besar. Y metió la mano bajo la blusa, tirando hacia abajo del sujetador para acariciar sus pechos.

Phoebe lo ayudó levantando su blusa para que pudiera

desabrocharlo. Cuando sintió que sus labios se cerraban sobre uno de sus pezones, emitió un suave gemido de placer. Él la tomó por la cintura y, como si fuera una pluma, la levantó para colocarla a horcajadas sobre sus piernas.

Phoebe sonrió mientras Cain le quitaba la blusa y el sujetador a zarpazos. Seguía tocándola, acariciándola por todas partes… pero cuando metió la mano dentro del pantalón se puso tensa.

—¿Puedo tocarte? —preguntó Cain.

Se sintió conmovida por el miedo que había en su voz, como si temiera que fuera a decirle que no.

—Claro que sí.

Él sonrió, medio arrogante, medio encantado, y empezó a acariciarla por encima de las braguitas.

—Más —musitó Phoebe.

Cain devoraba su dulce boca mientras metía la mano por dentro de las braguitas para acariciarla a placer. Sus dedos se deslizaban por su delicada carne y ella temblaba entre sus brazos, incrédula. Por fin estaba pasando…

Entonces Cain introdujo un dedo en su interior. Ella sujetó su cara con las manos, mirándolo a los ojos mientras la exploraba.

—Cain, Cain…

—Tienes que dejar que lo haga. Este deseo persiguiéndome durante años, Phoebe.

No le dio oportunidad de contestar. Seguía tocándola, entrando y saliendo de ella, haciéndola suspirar, sintiéndose vulnerable él mismo por tocarla. Su pasión era abrumadora, y cuando empezó a hacer círculos sobre la delicada perla de su sexo, Phoebe, excitada, empujó hacia él.

Cain le dio lo que quería, lo que necesitaba. Era, para los dos, como ver una luz al final del túnel. El estaba duro como una piedra… sería tan fácil abrirse los pantalones y entrar en ella. Estaba deseando hacerlo. Poseerla de manera cruda, primitiva, tal era la pasión que despertaba en él. La deseaba tanto que cuando sintió que empezaban los espasmos, estuvo a punto de llegar al orgasmo sin tocarse siquiera.

Siguió acariciándola mientras ella dejaba escapar gemidos de placer, su sexo palpitando bajo sus dedos, empapados. Era como si siempre hubiera sabido cómo tocarla. Phoebe se dejaba hacer, sin

palabras, moviéndose con un ritmo erótico… hasta que cayó sobre su pecho, jadeando.

Cain la estrechó entre sus brazos, temblando los dos. Los jadeos de Phoebe resonaban en sus oídos y supo que nunca olvidaría, que nunca podría dejar de pensar en Phoebe DeLongpree porque estar con ella era como abrazar la luz del sol.

Cain sólo podía abrazarla y sentir cómo su placer se enredaba en su corazón y lo hacía prisionero.

Phoebe intentaba respirar con normalidad, intentaba entender por qué Cain quería hacerle eso con tal desesperación. Pero luego dejó de pensar y, sencillamente, lo aceptó.

Unos minutos después, agotada, levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

Él arqueó una ceja, con cierta arrogancia típicamente masculina en su sonrisa.

—¿Es por eso por lo que has decidido darle el día libre a todo el mundo?

—No —contestó él—. Aunque se me había pasado por la cabeza.

Phoebe sonrió, inclinándose para besarlo. Y, como si no se hubieran tocado, de nuevo surgió la chispa.

—Phoebe, no…

—¿Por qué?

—Porque estoy a punto de explotar y, aunque te deseo con toda mi alma, no podemos seguir adelante.

—¿Perdona? ¿Qué estabas haciendo antes, satisfacer una mera curiosidad? Déjalo, no contestes —dijo Phoebe entonces, apartándose para buscar su blusa.

—Estás enfadada conmigo.

—No, estoy dolida.

—¿No te ha gustado?

Ella miró por encima de su hombro.

—¿Tú qué crees? Pero ahora mismo me siento… utilizada.

—¿Por qué dices eso? Yo nunca te usaría. Tienes que saberlo, dime que lo sabes.

Phoebe dejó escapar un suspiro. No quería que aquello terminase en una pelea, no quería intentar averiguar nada de su pasado cuando ella no quería que nadie indagase en el suyo. Entonces se percató de su dolida expresión. Parecía… desolado.

—Quizá sin querer…

—No hay quizás en esto. Yo nunca te utilizaría.

—¿Y cuánto durará, Cain? ¿Unos minutos, unas semanas, eso es todo?

Cain apartó la mirada y Phoebe supo que había dado en la diana.

—Ahora lo entiendo. No te permites a ti mismo tener nada conmigo ni con nadie… y no estoy hablando sólo de sexo.

El seguía sin decir nada.

—¿Se puede saber qué te pasa? No me hagas eso, no me dejes fuera. ¿No podemos ir paso a paso, como todo el mundo?

Cain estaba indeciso. Abrir un poco más la puerta o cerrarla del todo. Sólo sabía una cosa: con Phoebe, no tenía elección.

—Paso a paso, de acuerdo —asintió por fin. No le dijo que no iría más allá de su estancia en Los Nueve Robles, o quizá hasta después del juicio. Eso, sabía, sería muy doloroso para los dos.

Sin saber lo que estaba pensando, Phoebe sonrió.

—No espero ningún milagro, te lo juro.

Eso, pensó Cain, era justo lo que necesitaba… pero no se lo merecía.

Algo había cambiado entre ellos. Ninguno de los dos lo mencionaba, pero Phoebe podía sentirlo en su corazón. Cain había bajado la guardia.

—¿De verdad no querías hacerte cargo de las empresas de tu padre?

—No. Era lo que todos esperaban, claro, pero a mí me habría gustado hacer otra cosa.

—¿Qué?

Cain, en la tumbona de la terraza, viendo la niebla cubrir el río, se encogió de hombros. Enseguida apartó la mirada porque aquella noche se parecía demasiado a la noche que murió Lily.

—No estoy seguro.

—Pues si no estás seguro, lo mejor es que sigas dirigiendo las empresas familiares. Lo haces muy bien.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque he comprado acciones.

Cain arrugó el ceño.

—¿En serio? Tendré que mirar la lista de accionistas…

—Yo sólo he comprado unas cuantas acciones; no soy importante.

Los dos se quedaron en silencio un momento. Luego Phoebe levantó la cabeza y lo encontró mirándola.

Estaba intentando disimular, pero no podía engañarla. Parecía estar comparándola con alguien… Entonces recordó lo que había dicho aquella noche, en la cocina. Que no pensara que era tan noble o se llevaría una desilusión.

—¿Querías a Lily?

Cain vaciló un momento antes de contestar:

—No.

—Entonces, ¿por qué te casaste con ella?

—Porque estaba embarazada.

—Ah.

—Sufrió un aborto unas semanas después de casarnos.

—Lo siento. No lo sabía.

¿Tenemos que hablar de ella? —preguntó Cain entonces.

Y cuando decía «ella», sonaba como algo… feo.

—Estoy intentando entenderte un poco mejor. Y no me lo pones nada fácil —protestó Phoebe—. Yo, por otro lado, soy un libro abierto.

—Tú también tienes tus secretos —sonrió Cain.

—¿Hay algo que quieras saber sobre mí?

—¿Por qué tienes pesadillas?

Phoebe apretó su copa con fuerza.

—¿Por qué lo dices? ¿Me has oído?

—Sí, me temo que sí —suspiró él.

Había entrado en su habitación la noche anterior al oírla gritar. A pesar de que ponía al mal tiempo buena cara, aquellos sueños la atormentaban cada noche. Y eso le rompía el corazón.

—No es asunto mío, así que no tienes por qué contarme nada.

Pero podía ver los recuerdos nublando sus ojos y se preparó…

Phoebe respiró profundamente y luego dejó escapar un largo y penoso suspiro.

—Randall y yo salimos un par de veces… era una persona agradable, aunque gastaba demasiado dinero cada vez que salíamos juntos, pero había algo en él que me daba mala espina. No podía definirlo, pero estaba ahí. Así que rompí con él y, de repente, todo

cambió.

—Empezó a acosarte.

—No, al principio no. Aparecía en mi casa y pretendía que lo invitase a una copa, a un café. Luego empezó a aparecer en los sitios más inesperados, y como conocíamos a la misma gente, yo lo atribuí a la casualidad. —Phoebe cruzó las piernas, pensativa—. Pero se metía en mis conversaciones, me tocaba… Ya sabes, se portaba como si fuera mi novio y, claro, nadie se atrevía a decirle nada porque era muy conocido, admirado y rico. Un día fui a su casa para decirle que me dejara en paz y vi que tenía fotografías mías por todas partes.

—Dios santo.

—Sí, fotografías enmarcadas, además. Entonces supe que era peligroso.

Cain apretó su mano al ver que tenía lágrimas en los ojos.

—Sigue, Phoebe.

—Llamé a la policía, pero como no me había hecho nada… Se volvió cada vez más arrogante, más descarado, como si nadie pudiera tocarlo.

—¿En qué sentido?

—Un día dejó una rosa en el asiento de mi coche, pero mi coche estaba cerrado. Y la alarma no saltó. La policía sospechaba que había hecho una copia de mis llaves.

Phoebe se pasó una mano por el pelo. Cain sabía que estaba muy tensa y habría querido hacer algo, pero la dejó seguir sin decir nada.

—Entonces empecé a oír ruidos raros por la noche. Me levantaba a investigar y encontraba una ventana abierta cuando sabía que la había cerrado… cosas así. Y luego, una noche, apareció en mi dormitorio.

—¿Cómo? —exclamó Cain.

—Desperté en medio de la noche y allí estaba, al lado de mi cama.

—Dios mío, ¿y qué hiciste?

—Me puse a gritar y él salió por la ventana. La policía encontró huellas. Había estado allí un rato, observándome.

El miedo de que saliera de la cárcel y volviese a hacerlo era lo que la mantenía despierta por las noches.

—¿Y por qué no lo detuvieron?

—Porque, en la oscuridad, no pude verle bien la cara, así que no podía decir con seguridad que fuera él.

A pesar del calor de la noche, Phoebe sintió un escalofrío. Fue tan evidente que Cain se acercó un poco más para pasarle un brazo por los hombros.

—Pero tú sabías que era él.

—Claro que lo sabía. Cambié la cerradura, mi número de teléfono, solicité una orden de alejamiento… pero un día, cuando salí de la ducha, allí estaba. Dijo que era su casa, que yo era suya.

—¿Te tocó?

De repente, ella tuvo que agarrarse al brazo del sillón.

—¿Phoebe?

—Sí, sí, me tocó por todas partes. —Phoebe cerró los ojos, intentado apartar el terrible recuerdo de aquel hombre tocándola mientras estaba desnuda, indefensa—. Y habría hecho más si no lo hubiera empujado con todas mis fuerzas. Salió corriendo y llamé a la policía, pero Randall tenía una coartada y yo quedé como una paranoica. Me sentí como si fuera yo la delincuente.

—Te entiendo. Es una situación terrible —murmuró Cain.

—La policía puso un coche patrulla en la puerta de mi casa, pero yo no podía dormir. Estaba muerta de miedo…

—Es normal.

—Gracias a Dios, uno de los detectives me creyó y, durante sus horas libres, se sentaba frente a mi casa.

—¿Cuándo detuvieron a Kreeg?

—Cuando me puso un cuchillo en el cuello —contestó Phoebe.

—¡Por Dios bendito!

—Estaba en la calle cuando salí a tirar la basura una noche. Dijo que si él no podía tenerme, no me tendría nadie. Luego me obligó a entrar en casa. El detective estaba allí, vigilando, pero no hizo nada y pensé que no llegaría a tiempo. Por fin entró, pero Randall me había clavado el cuchillo. —Phoebe se levantó el pelo para mostrarle una cicatriz en el cuello, cerca de la yugular.

Cain se inclinó para besarla tiernamente, para apretarla contra su corazón. Ella respiró el aroma de su colonia, sintió el calor de su cuerpo… y su miedo empezó a desaparecer.

—No saldrá de la cárcel —dijo Cain.

—No quiero seguir hablando de ello. Bésame, Cain, lo necesito.

Y él obedeció.

La besó profunda, intensamente. Y ella se acurrucó contra su pecho cuando empezó a acariciarla por debajo de la camisa, por debajo del sujetador. Entonces, de repente, empezó a llover y, en unos segundos, estuvieron empapados. Pero ninguno de los dos se movió. Cain metió la mano entre sus muslos, deseando tenerla desnuda, oírla gritar su nombre cuando llegarse al orgasmo…

—Oh, Cain.

—Te deseo tanto —murmuró él, desesperado.

—Yo también. Llevo nueve años deseándote.

—No soy el mismo hombre, Phoebe.

—Mejor —contestó ella, sonriendo.

Cain se levantó y la tomó en brazos.

—¿Vamos donde creo que vamos?

—No, tú te vas a la cama —contestó él, recorriendo la solitaria casa.

—¿Sola?

Por los clavos de Cristo. Aquella mujer podría tentar a un santo y Cain no sabía si podría resistir.

—Tienes que dormir, Phoebe.

—Me tratas como si fuera una niña.

—Quiero hacerlo —suspiró él, entrando en su habitación—. Duerme, nadie te hará daño. Yo estaré a tu lado —le prometió, tomando una silla.

—Podrías estar aquí —dijo Phoebe, tocando la cama.

Cain apretó los dientes.

—No, mejor no.

Afortunadamente, el cóctel había funcionado y enseguida se le cerraron los ojos. Cain se estiró en la silla, que era demasiado pequeña para un hombre de su tamaño, dispuesto a pasar allí toda la noche.

Pero, como si estuviera agazapado, esperando el momento en que Phoebe era más vulnerable, Kreeg invadió sus sueños. Phoebe daba patadas, alargaba los brazos intentando defenderse… Cain sólo podía imaginar los detalles de su trauma mientras intentaba despertarla.

No despertó del todo, pero vio que una solitaria lágrima corría

por su rostro mientras le decía que nadie iba a hacerle daño, que él estaba allí para protegerla.

Luego cerró los ojos, sufriendo por ella, y le ofreció lo único que podía ofrecerle: su fuerza, su presencia.

Cuando querría darle el mundo entero.

# Capítulo 8

Phoebe estaba bajando la escalera, con un antiguo pantalón de montar que había sido de Suzannah, cuando vio a Cain.

Y sonrió, su corazón haciendo una especie de baile mientras se acercaba. Nadie la hacía sentir de esa manera. Sus facciones, su pelo, su sonrisa… todo era como para morirse, pero eran sus ojos lo que más la conmovía. Esa mirada suya parecía meterse en su corazón y hacer su nido allí, suplicándole que lo aliviase de su autoimpuesta tortura.

La noche anterior la había abrazado mientras tenía otra de sus pesadillas y jamás se había sentido más protegida. Cain se había convertido en su puerto durante sus privadas tormentas. Ojalá pudiera ella hacer lo mismo.

—¿Vas a montar? —preguntó él.

—Me parece que aún quedan cinco acres de terreno que no he visto —contestó Phoebe.

—Sólo es campo.

Lo sé, pero está bien ver cómo crecen las plantas. Además, tú llevas aquí toda la vida y no te impresiona, pero a mí sí. La comida… incluso el algodón de las prendas que os ponéis crece aquí. Eso es algo muy inusual en nuestros días.

Cain la miró, pensativo.

—Te divierten las cosas más extrañas.

—Lo sé, soy una cita barata —rió Phoebe—. ¿Quieres venir conmigo?

Cain se lo pensó un momento, pero la tentación de estar a solas

con ella al aire libre era demasiado irresistible.

—¿Dentro de media hora te parece bien?

—¿En serio?

—Claro.

—Le diré al señor Dobbs que ensille a Pegaso. ¿Nos vemos en los establos?

—No, en el riachuelo mejor. Pero va a llover otra vez, así que no podremos cabalgar durante mucho rato.

—En fin, qué se le va a hacer —sonrió Phoebe, inclinándose para darle un beso en los labios.

Cain la tomó por la cintura para prolongar el beso…

Pero una tosecilla los interrumpió. Benson estaba en la puerta, sonriendo, con un casco de montar en la mano.

Phoebe, sin decir una palabra, se apartó de Cain y tomó el casco que le ofrecía el elegante mayordomo.

—Te espero en el riachuelo.

—Muy bien.

Media hora después, Cain llegaba al establo. Y justo en ese momento, la yegua de Phoebe se acercaba corriendo. Estaba ensillada, pero Phoebe no estaba sobre la silla.

—¿Dónde está la señorita DeLongpree?

—Iba a preguntárselo ahora mismo —contestó el señor Dobbs, sorprendido.

—¿No está aquí?

—Salió a montar hace rato…

—Dios mío…

Cain montó al semental de un salto y salió disparado hacia el riachuelo temiendo lo peor. Pero no podía ser. Phoebe era una buena amazona. No podía haberse caído… ¿o sí? Su imaginación lo torturaba mientras galopaba por el campo, inclinándose para que las ramas de los árboles no le golpeasen en la cara.

Sobre su cabeza se habían formado unos nubarrones negros que amenazaban con descargar otra tormenta.

Y entonces la vio, tumbada en el suelo, al lado de un árbol. Y el corazón se le puso en el estómago.

—¡Phoebe! —gritó, desmontando a toda velocidad—. ¡Phoebe! ¿Estás bien? ¡Phoebe, contesta!

—Estoy bien, estoy bien. Pero mi dignidad está un poco hecha

polvo.

Cain la abrazó. No podía hablar. No quería hablar. Sólo quería saber que ella estaba a salvo.

—Qué susto me has dado —dijo por fin—. De hecho, no haces más que darme sustos.

Los perros, la caída del embarcadero y ahora aquello.

—Sí, es verdad. Lo siento, no ha sido a propósito.

—Lo sé, lo sé… ¿qué ha pasado?

—Una rama me golpeó y caí al suelo.

Cain seguía besándola por todas partes, deseando tumbarse sobre ella y poseerla allí mismo.

—Gracias a Dios no te has hecho daño.

—Eso díselo a mi trasero.

—¿Quieres que te dé un masaje?

—Sí, por favor.

—Si no lo dices en serio…

—Lo digo completamente en serio —lo retó Phoebe.

Cain deslizó las manos por su espalda y empezó a frotar su trasero suavemente.

—Ay, qué bien —suspiró ella—. Me gusta.

—Esto abre una puerta, Phoebe.

Ella tomó su cara entre las manos.

—Lleva mucho tiempo abierta. Cain. Así que deja de llamar y entra de una vez.

El reto hizo que sus ojos verdes se oscurecieran.

—No deberías decir eso —murmuró Cain.

Pero Phoebe DeLongpree era una tentación que ningún hombre podría resistir. Desgraciadamente, sobre sus cabezas empezaban a retumbar los primeros truenos y enseguida empezó a llover.

—Será mejor que nos vayamos de aquí. No es el mejor momento —sonrió Cain, tomándola en brazos.

—Qué galante.

—Nos vamos a calar otra vez.

—Sólo es agua —contestó Phoebe.

Las cosas eran tan sencillas para ella, pensó Cain, ayudándola a subir al caballo y colocándose tras ella.

—¿Estás cómoda así?

—Sí.

Pero el movimiento del caballo la empujaba contra él. Cain se movió, murmurando algo ininteligible.

—¿Peso mucho?

—No, es que me estás… volviendo loco.

—Sí, ya me doy cuenta —sonrió Phoebe—. Si no te espabilas, acabarán poniéndote una camisa de fuerza.

Bajo la lluvia su mirada era casi negra, increíblemente intensa, y Phoebe sintió una emoción extraña. Algo que no había sentido nunca.

—Entonces, sálvame —dijo Cain.

Era más que una broma, más que la búsqueda de un asentimiento… parecía una súplica. Se había negado a sí mismo el placer de estar con gente, de disfrutar de la compañía de una mujer, de las más sencillas delicias, y aunque Phoebe quería saber por qué, se limitó a besarlo.

Cain le devolvió el beso, pero era algo más. La poseía. La pasión que habían compartido antes se elevó a nuevas alturas y Phoebe sintió que se la tragaba entera. No podía separarse de él. La idea de no volver a verlo, de no estar con él le parecía imposible.

Se preguntó entonces si se arriesgaría a sufrir por Cain Blackmon y la respuesta estuvo clara de inmediato: sí.

Cain soltó las riendas para acariciarla, pero el caballo hizo un extraño y la abrazó, riendo. —Vamos a acabar en el barro.

—Ah… eso suena muy *sexy*.

Bajo la lluvia, sus ojos se encontraron de nuevo y Phoebe podía ver una pregunta en ellos. ¿Quería seguir adelante?

Tocó su cara y un solo beso contestó: sí.

Enseguida llegaron a casa y Cain la ayudó a bajar del caballo mientras Dobbs salía de los establos, asustado.

—Gracias a Dios que está bien, señorita.

—Estoy perfectamente, señor Dobbs. Gracias. Cain la colocó delante de él.

—Por favor, no te muevas.

Riendo, Phoebe giró la cabeza. Podía sentir la evidencia de sus jugueteos sobre el caballo clavándose en su trasero.

—¿Le haría yo eso al hombre que me ha rescatado?

—Harías lo que fuera con tal de tomarme el pelo.

Sin darse cuenta de nada, Dobbs tomó las riendas del caballo y

lo llevó al establo, diciendo:

—Menuda tormenta. Será mejor que entren en casa y se quiten esa ropa mojada antes de que pillen un resfriado.

—Sí, es lo mejor —dijo Cain.

—Te echo una carrera —sonrió Phoebe.

Cain parpadeó, sorprendido, pero ella ya había salido como una bala. La pilló en la terraza y se volvió loco besándola. Se volvía loco cada vez que la tocaba.

—¿Aquí? Ah, qué divertido —rió Phoebe, quitándose las botas llenas de barro.

—Tengo que tocarte. Tengo que acariciarte… Pero no aquí.

Cain se quitó las botas y luego la tomó de la mano para llevarla al interior de la casa.

—Estás intentando proteger mi reputación, qué encanto.

—Debería enviarlos a todos a casa.

—Hazlo. —Phoebe deslizó provocativamente su mano por el estómago plano, las puntas de sus dedos rozando su erección—. Pienso hacer mucho ruido.

—Oh, no. —Cain la tomó en brazos, subiendo los escalones de dos en dos.

Phoebe rió ante tal entusiasmo, pero él la silenció con un beso. La soltó cuando llegaron arriba y, de puntillas, Phoebe le devolvió el beso, apretándose contra él…

Entonces les llegó el sonido de unas voces en el piso de abajo.

—Oh, no, espías —susurró Cain, moviendo cómicamente las cejas.

Phoebe estaba cautivada por la libertad de su sonrisa, por ese otro Cain al que había conocido tantos años atrás y que parecía haber desaparecido… hasta aquel momento. Y cuando la llevó a su habitación, no lo dudó un momento. Las antigüedades, la opulenta decoración… no veía nada de eso. Sólo veía a Cain. Sólo veía cómo, a su manera, le mostraba su cariño. Se había limitado a sí mismo durante cinco años, pero ahora no estaba limitándose. Todo lo contrario.

—¿Estás segura? Nada será lo mismo.

Phoebe levantó la mirada.

—Estoy segura, Cain. ¿Y tú?

—Sé que podría encontrar mil razones para no hacerlo, pero

estoy loco por ti.

Después de decir eso, la tomó entre sus brazos, cerrando la puerta con el pie.

Algo había cambiado. Phoebe sintió que temblaba, un hombre tan fuerte, y eso la emocionó. Tocó su cara, su deseo por él era abrumador. Era tan guapo y tan diferente en aquel momento…

Su pelo mojado seguía despeinado, muy diferente al primer día; su ropa estaba manchada de barro y parecía más real que el dragón que había encontrado cuando llegó a Los Nueve Robles.

—Me gustas así —murmuró, tirando de su cinturón—. Relajado, despeinado.

—No estoy precisamente relajado.

—¿Ah, no? —Phoebe empezó a desabrochar su cinturón.

—Siento como si estuviera a punto de romperme por la mitad —suspiró Cain.

Ella sintió algo en el corazón, como si se lo apretaran con un puño que le impedía respirar. —Yo no quiero hacerte daño.

«Pero tú sí me lo harás», pensó. «No saldrás de Los Nueve Robles y eso me hará daño. Nos hará daño a los dos».

Pero no dijo nada.

—Sabes tan bien —musitó Cain—. No puedo esperar… no puedo.

Sin decir nada más, empezó a acariciarla. Phoebe dejó escapar un gemido cuando levantó su blusa y apartó el sujetador, desnudándola para sus ojos. El roce de sus labios, calientes por contraste con su piel mojada, casi la hizo gritar. Cain empezó a chupar uno de sus pezones y Phoebe le dejaba hacer, excitada por la fiereza de sus caricias, por la dulzura de sus besos. Luego se apartó un poco y cruzó los brazos para quitarse la blusa.

El sujetador fue lo siguiente. Y después empezó a bajarse los pantalones.

Cain disfrutó inmensamente viendo cómo se desnudaba delante de él. No podía moverse, pero podía mirar. Sólo llevaba un tanga negro. Phoebe se acercó para desabrochar los botones de su camisa, pero Cain no tenía tiempo y se la quitó de un tirón, los botones saltando por todas partes.

—Cain, ¿qué…?

—No puedo esperar más.

Phoebe se quedó helada al ver su torso, de pectorales marcados, el estómago plano… —¿Qué pasa?

—Me parece que no estás todo el día sentado detrás de un escritorio.

—Tengo mucho tiempo libre.

Y ahora era suyo. Era su prisionero y lo exploró a placer; sus manos deslizándose delicadamente por esos pectorales. Cuando pasó la lengua por un diminuto pezón, lo sintió temblar.

Phoebe le quitó el cinturón, haciéndolo bailar seductoramente antes de tirarlo al suelo, y luego bajó la cremallera de sus pantalones. Era la perfección, pensó, notando el bulto que amenazaba con estallar. Aquel primer encuentro sería rápido y acalorado, estaba segura. No así el segundo. O el tercero.

Para siempre, si ella tenía algo que decir. La idea hizo que se quedara muy quieta.

—¿Phoebe?

—No hay reglas, Cain.

Y luego metió la mano en el pantalón para acariciar su miembro. Cain cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás con un profundo gemido de placer masculino. Su erección palpitaba en la mano de Phoebe.

—No voy a poder controlarme si sigues así —le advirtió Cain.

Volvió a besarla, deslizando las manos por sus costados, introduciéndolas en el tanga. Sus respiraciones se convertían en jadeos, pero quería más, la necesitaba tan desesperadamente que se preguntó cómo había sobrevivido todos aquellos años sin ella.

Luego tiró del delicado tanga. Y volvió a tirar hasta quitárselo.

—Eso te ha gustado —sonrió Phoebe.

—Ya te digo. La fantasía de cualquier hombre.

Luego la llevó en brazos a la cama y colocó sus manos sobre uno de los postes.

—Sujétate.

—¿Voy a tener que hacerlo?

—Sí —contestó él. Su mirada era una erótica y salvaje promesa —. No te sueltes.

Phoebe sonrió mientras Cain se inclinaba para tomar uno de sus pezones en la boca y, con una rodilla, abría sus piernas, deslizando los dedos sabiamente dentro de ella. Phoebe le decía lo que sentía y

eso lo excitaba aún más.

Era exactamente lo que había soñado desde que la vio entrar en su casa. Era una mujer fuerte, sincera y franca y Cain tenía poco poder sobre ella. Pero en la cama se sentía poderoso.

La descubrió esa noche, descubrió lo que la hacía temblar, lo que la llevaba al borde del orgasmo. Su boca encontró zonas de su cuerpo que la hacían estremecer y la oyó contener el aliento cuando deslizó la lengua por su estómago.

—Cain, oh, Cain…

Cain deslizó una mano por su trasero, deteniéndose para acariciarla por detrás. Y luego, sin previo aviso, levantó sus piernas y se las colocó al hombro.

—Oh cielos —murmuró Phoebe.

Cain inclinó la cabeza para saborearla y ella cerró los ojos, extasiada. Cinco años de soledad no lo habían hecho olvidar cómo hacer el amor, pensaba.

La llevó al borde del orgasmo varias veces, riendo cuando ella le pedía algo, cuando le decía que era maravilloso y que pensaba hacerle lo mismo.

—Tú primero —dijo Cain, cuando la vio temblar, su cuerpo cubierto de sudor.

Luego la llevó al orgasmo con sus dedos. Llegaba de una forma encantadora, restregándose contra su mano, diciéndole cuánto le gustaba… ¡Cain, Cain!

El no contestó y siguió con su silencioso asalto. Los gritos de Phoebe eran como música para sus oídos.

—Ahora, ahora…

Cain sacó un preservativo del cajón de la mesilla y se lo puso con —manos expertas.

—Sí, ahora —murmuró, llenándola con una sola embestida.

Cuando abrió los ojos, Phoebe estaba mirándolo.

—Creo que he estado esperando toda mi vida para esto.

—Yo también.

Luego empezaron a moverse, al unísono, como si fuera un ritmo conocido para los dos. Un ritmo que los dejó sin aire, sin palabras. Con cada embestida, Cain se convertía en un hombre nuevo, el que conocía antes de que la vida hubiera sido tan cruel con él. Phoebe puso las manos sobre su pecho y mientras empujaba, empezó a

animarlo con palabras, con gemidos…

Poco después, cuando el ritmo se hizo frenético, los dos se dejaron ir. Phoebe cerró los ojos cuando Cain cayó sobre su pecho, agotado, musitando su nombre.

—Nunca será suficiente. Nunca.

—Lo sé.

—¿Lo sabías?

—Sí.

Él se quedó mirándola un momento, pensando en las mentiras que tendría que contarle, en qué haría para no involucrar su corazón… pero en aquel momento no podía hacerlo.

—Sí, creo que yo también.

Phoebe apoyó la cabeza en la almohada y suspiró. Y Cain se sintió a la vez libre y encadenado a su pasado.

# Capítulo 9

Cain estaba en el balcón de la *suite* principal, mirando la luna que brillaba sobre el río. La vista era espectacular, a pesar de que las nubes amenazaban con descargar otra vez. Pero había una tormenta dentro de él y se volvió para mirar hacia la cama.

El aire acondicionado movía las cortinas, revelando a la diminuta belleza que estaba tumbada sobre las sábanas. Las últimas horas se repitieron en su cabeza…

¿Qué había hecho?

No lo lamentaba. Había sido una experiencia única con una mujer.

Pero él sabía que lo sería.

Ésa era la razón por la que había intentado evitarla después de aquel beso bajo la escalera, nueve años antes. Phoebe lo consumía y se sentía casi obsesionado con tenerla de nuevo. Siempre sería así. Podría pasar toda su vida con ella y nunca se cansaría. Nunca sería suficiente.

Pero la mañana llegó mostrando otra realidad. Y cuando Phoebe se movió en la cama, supo que debía hablar con ella.

Para terminar con aquella historia.

Cain tuvo que hacer un esfuerzo para acercarse, atándose el cinturón del batín.

—Tengo hambre —dijo Phoebe—. Dame de comer.

Él rió para sí mismo mientras se sentaba al borde de la cama.

—¿Otra vez?

—En, serio, tengo hambre.

—Yo también —contestó Cain, inclinándose para buscar sus labios.

—Cain, Cain…

—Phoebe…

Volvieron a hacer el amor, como se temía. Como deseaba. Pero incluso cuando caía sobre ella, rendido, supo que nunca podría tenerla. No como él quería, completamente. Porque Phoebe querría lo mismo de él y no podría dárselo.

Nunca.

Esconder lo que llevaba en el corazón era mucho mejor que ver odio en sus ojos.

Cain estaba al pie de la cama, mirándola mientras se abrochaba la camisa. Había dormido durante toda la noche de un tirón, sin pesadillas. Probablemente, por primera vez desde que Randall Kreeg arruinó su vida. Aunque se alegraba, Cain sabía que habían cometido un error.

Él había cometido un error.

Debería haber tenido más fuerza de voluntad, debería haber mantenido las distancias. Pero con ella no tenía voluntad. Y era enteramente culpa suya.

Phoebe iba a sufrir, Se odiaba sí mismo por ello, pero Phoebe esperaba que saliera de Los Nueve Robles y retomase la vida que llevaba antes de casarse con Lily.

No lo haría. En eso, nada había cambiado.

Se le encogió el corazón. Cuando Phoebe se volvió, con una sonrisa en los labios, Cain saboreó el momento, intentando memorizar sus facciones…

—Buenos días.

Phoebe se puso de rodillas sobre la cama, desnuda, y la tentación de volver a hacerle el amor casi lo dejó sin aliento. Nunca se cansaría de ella y nunca tendría suficiente. Y sabía que Phoebe querría más de lo que él podría darle.

—¿Ya estás vestido?

—Tengo que trabajar.

—¿Podría convencerte para que te tomaras otro día libre?

—Phoebe, anoche…

—Fue genial.

—Fue maravilloso, pero…

Phoebe arrugó el ceño.
—¿Pero qué?
—Creo que fue un error.
Ella se levantó de la cama, furiosa, envolviéndose en la sábana.
—¿Cómo puedes decir eso?
—La pasión no lo es todo.
—Pero es un buen comienzo. ¿Y quién dice que no hay nada más? ¿No sabes lo que siento por ti?
«Por favor, no digas nada más», pensó Cain. «Por favor, no».
—Daría igual.
—¿Ah, sí? ¿Por qué?
—Porque no voy a salir de Los Nueve Robles. Y sé que tú esperas que lo haga.
—¡No me digas lo que espero o dejo de esperar! Y sí, quiero que salgas de aquí, pero por ti, no por mí. ¡Por Dios bendito, a veces pareces tonto!
—Phoebe…
—Quiero que vuelvas al mundo real. No eres feliz y no lo serás hasta que hagas lo que tienes que hacer —lo interrumpió ella—. Y hacer el amor contigo no tiene nada que ver con eso. Llevas demasiado tiempo escondido. Sé que Lily hizo algo para que te portes de esta forma y ahora mismo la odio por ello.
Cain no dijo nada.
Phoebe lo sintió, esa puerta que se cerraba, el escudo emocional que lo apartaba de ella.
Y le dolía.
Mucho.
—Maldita sea, Cain. No tiene por qué ser así.
Sus lágrimas lo destrozaban, le rompían el corazón. Cain quería que las cosas fueran de otra manera, deseaba haber hecho lo que le dictaba el corazón y no la cabeza nueve años atrás. Pero en aquel momento tenía las ideas bien claras. Mirando sus ojos, sus preciosos ojos verdes, supo que su corazón se estaba rompiendo de verdad.
Al ver que no decía nada, Phoebe se dirigió a la puerta.
—Phoebe, espera…
—Vete al infierno, Cain —replicó ella, cerrando de un portazo. «No tengo que irme al infierno», pensó Cain. «Ya estoy en él». Phoebe corrió hacia su habitación, cubriéndose la boca con la mano

y deseando gritar: «¿Por qué?». Cuando llegó a su cuarto cerró la puerta y se dejó caer al suelo, sollozando. Lloraba por el hombre que Cain fue una vez, por el que había sido esa semana con ella, por el hombre que le hizo el amor por la noche, por la pasión que habían compartido y nunca volverían a compartir…

Cain no podía ver el futuro, se negaba a ver más allá de aquella casa, como si algo lo retuviera en ella. Sacarlo de su oficina no había cambiado nada en absoluto y Phoebe tuvo que enfrentarse con la verdad: los últimos días habían sido meramente unas vacaciones de la realidad.

Cain seguía encerrado en su cueva.

Cain oyó el ruido de la porcelana y levantó la mirada cuando Benson depositaba la bandeja sobre su escritorio… con más fuerza de la habitual.

—¿Quiere algo más, señor?

Cain arrugó el ceño al percatarse del tono enfadado de su mayordomo.

—No, Benson, no quiero nada más. Gracias —contestó. Pero Benson no se movió—. ¿Ocurre algo?

—Sí, señor, ocurre algo.

—¿Qué?

—Es usted idiota, señor.

Cain levantó las cejas, perplejo.

—¿Cómo?

—Ha dejado que Lily destrozase su vida otra vez. Y ahora está dejando que destroce la vida de la señorita DeLongpree.

—¿La ha visto? —preguntó Cain.

El llevaba dos días sin verla. Se estaban evitando el uno al otro, aunque estaba deseando verla. Pero no tenía nada que decirle.

—Sí, la he visto, por supuesto. En este momento está en el gimnasio, dándole una paliza a un saco de arena.

—Y ya que parece que hoy está dispuesto a airear sus sentimientos, Benson, ¿quiere decirme alguna cosa más?

—Nada que se pueda repetir delante de gente civilizada, señor —contestó el mayordomo antes de salir de la biblioteca dando un portazo.

Cain tiró el bolígrafo y se pasó una mano por la cara. Genial. Incluso su mayordomo estaba contra él.

Suspirando, salió de la biblioteca y se dirigió al gimnasio donde, como Benson le había dicho, Phoebe estaba cargándose un saco de arena.

Cuando entró, ella se detuvo un momento, pero luego siguió dando puñetazos.

—Phoebe.

—Yo que tú no me acercaría.

—Me aproveché de ti y…

—Si vuelves a disculparte por hacerme el amor voy a romper algo muy caro. Nos aprovechamos el uno del otro, por Dios bendito. ¿Y sabes una cosa? Me encantó. Cada segundo. No lamento en absoluto lo que pasó la otra noche.

—Yo tampoco.

—Entonces, ¿por qué te disculpas?

—Porque te he hecho daño.

—Te estás haciendo daño a ti mismo. Y te estás mintiendo, Cain. El grande, rico y poderoso Cain Blackmon… ¿cómo puedes dejar que un fantasma te destroce la vida?

—Tú dejas que Kreeg destroce la tuya.

—Kreeg no evita que disfrute de la vida. Me da miedo porque es un enfermo y me ha atacado con un cuchillo. ¡Me parece que no tiene mucho que ver! —gritó Phoebe—. Tú estás desperdiciando tu vida.

—Es mía, puedo hacer con ella lo que quiera. Phoebe dejó escapar un suspiro.

—¿Y yo qué, Cain? ¿No significo nada para ti?

—Significas todo para mí.

—Entonces, háblame de Lily. Cuéntame qué pasó.

—No.

—¿Por qué?

—¡No! —gritó Cain. Luego se dio la vuelta y salió del gimnasio.

Phoebe tiró los guantes y se pasó una toalla por la cara, pensativa. Podía ir donde quisiera, excepto a los botes. Y Lily había muerto en un bote…

No iba a dejarlo así, decidió.

De modo que salió del gimnasio y fue a buscarlo. Lo encontró en la terraza, con las manos apoyadas en la barandilla.

—Entiendo que hayas querido apartarte del mundo durante un

tiempo, Cain. Pero ya es hora de que vuelvas a vivir.

—Déjalo, Phoebe. Por favor.

—No me dejes, Cain —le suplicó ella—. Me dejaste hace nueve años. No vuelvas a hacerlo… No pudo terminar la frase porque tenía un nudo en la garganta.

Lo amaba. En ése, momento lo supo sin ningún género de duda.

—Phoebe, no puedo. Tú no sabes lo que he hecho…

—Entonces, cuéntamelo.

Su feo pasado presionaba para que se lo contara todo. De ese modo Phoebe saldría de su vida definitivamente y aquel sufrimiento terminaría de una vez. Pero no quería hacer eso. Quería que se quedara, que fuera parte de su vida, como era parte de su corazón.

—Cain, háblame.

—No valdría de nada, Phoebe. No puedo darte lo que quieres. No voy a salir de aquí y no voy a pedirte que te quedes.

—¿Y si lo hicieras? ¿Qué crees que diría yo?

—Sería una crueldad para ti, cariño —murmuró él, pasándose una mano por el pelo—. Eres tan vibrante, tan llena de vida…

—Tú lo fuiste la otra noche también.

—No voy a marcharme de aquí —insistió Cain. Phoebe lo miró durante unos segundos.

—Entonces lo haré yo.

—¿Qué?

—Que me voy. Mañana.

—Es tu decisión —murmuró Cain con el corazón encogido. Porque sabía que estaba dejando que la única oportunidad de ser feliz se le escapara de las manos.

«Ella no estará aquí cada mañana», le decía una vocecita. Se preguntó entonces si podría sobrevivir. Si podría respirar sin tener a Phoebe cerca.

Phoebe colgó el teléfono, el viejo miedo acelerando su corazón. Luego caminó por la casa, sin dirección determinada. Detrás de los muros había estallado una tormenta que podría competir con sus sentimientos…

—¿Con quién hablabas?

Ella se detuvo, negándose a mirar a Cain.

—Con nadie.

—Phoebe…

—Déjalo. No necesito tu ayuda.
—Pero quiero ayudarte —dijo él, tocando su brazo. Phoebe di un respingo.
—¿Qué pasa? Cuéntamelo.
—Era mi abogado. O, más bien, el abogado que tú has contratado para mí. El juicio empieza mañana.
—Pero eso está bien. Así todo terminará antes.
—¡Kreeg saldrá de la cárcel y no terminará nunca! —exclamó Phoebe.
Luego salió corriendo escaleras arriba, dejándolo en el vestíbulo con la boca abierta. Cain volvió a su oficina y llamó al abogado. Por lo visto, Phoebe se negaba a testificar.
Y si no lo hacía, Kreeg saldría de la cárcel inmediatamente.
Ella se pasaría la, vida mirando por encima el hombro, muerta de miedo, sin poder pegar ojo, escondiéndose de todos. Se convertiría en él. Cain no podía dejar que eso pasara, de modo que subió a su *suite* y entró sin llamar.
—Tienes que testificar.
—No tengo que hacer nada.
—Phoebe, Kreeg cometió un delito y tienes que mandarlo a la cárcel.
—Las pruebas hablan por sí mismas.
—Pero tu testimonio es fundamental…
—¡No puedo! —exclamó ella.
Cain se puso de rodillas al lado de la cama.
—Tienes miedo.
—No puedo mirarlo a la cara. No puedo. Me tocó… me persiguió… me da pánico. Y sé que está forrado, que tiene los mejores abogados… Saldrá de la cárcel enseguida. Yo no soy nadie…
—Eso no es verdad. No puedes esconderte, Phoebe. Nunca te sentirás a salvo si no lo envías a la cárcel por lo que hizo. Y si Kreeg no va a la cárcel te convertirás en mí —dijo Cain, tragando saliva.
—Eso no estaría tan mal.
—Sí, estaría mal. Muy mal. Y yo no voy a permitirlo.
—¿Ah, no?
—No.
—¿Cómo piensas impedirlo?

—Iré contigo.

—¿Cómo? —exclamó Phoebe, atónita.

—Iré contigo a los Juzgados y estaré a tu lado mientras testificas contra Kreeg.

Phoebe se quedó callada un momento. ¿Saldría de Los Nueve Robles? ¿Rompería su reclusión de cinco años para estar a su lado?

—¿Te das cuenta de lo que pasará si apareces en público? Tu presencia llamará más la atención que el propio juicio.

—Pero se fijarán en mí y no en ti, ¿no?

—¿Por qué? ¿Por qué harías eso?

Cain dejó escapar un suspiro.

—Porque quiero que seas feliz, Phoebe. Porque quiero que te sientas segura. Y si no quieres testificar en contra de Kreeg, ese canalla saldrá de la cárcel y le hará lo mismo a otra mujer.

O a ella otra vez, pensó, aunque no lo dijo en voz alta. Y aunque él no dejaría que eso pasara.

Cain…

Estaré a tu lado, cariño. Te lo juro, te protegeré. Phoebe cayó en sus brazos, emocionada, conmovida por algo que sabía era tan difícil para él. Y Cain cerró los ojos, pensando que deseaba la felicidad de Phoebe más que la suya propia.

# Capítulo 10

Cuando Cain Blackmon volvió al mundo real, lo hizo con estilo, pensó Phoebe. Un helicóptero había aterrizado en el jardín de Los Nueve Robles y los llevó al aeropuerto, donde tomaron un avión privado con destino a Los Ángeles.

—¿Te gusta?

Phoebe miraba alrededor, extasiada.

—No lo has usado nunca, ¿verdad?

—Suzannah lo usa a menudo y algunos empleados también. Pero no, yo no había viajado en el *jet* de la empresa hasta ahora.

Y lo estaba haciendo por ella.

Había dejado atrás cinco años de reclusión para estar a su lado. Para apoyarla. Si antes lo quería, en aquel momento estaba loca por él. Y se preguntó si él lo sabría.

—Por cierto, no me gusta viajar en avión —dijo Phoebe.

—Pues, considerando que estamos a punto de aterrizar, lo has hecho bastante bien.

En cuanto bajaron del avión, se vieron rodeados por periodistas.

—Parece que ya se han enterado —bromeó ella.

Cain se negó a responder a pregunta alguna, incluso cuando eran ofensivas o crueles. La tomó por la cintura y juntos entraron en una limusina que los esperaba en la puerta.

—Son como buitres —suspiró Phoebe.

En la entrada de los Juzgados se encontraron con Kreeg. Pero su sonrisa de satisfacción desapareció al ver a Cain, que lo miraba como si quisiera matarlo.

—Tranquila, no puede hacerte nada.

Poco después empezó el juicio, se presentaron las pruebas y los abogados de Kreeg intentaron convencer al jurado de que su cliente era inocente. Eran auténticos profesionales, pero también lo era el equipo que había contratado Cain. Y el investigador privado aportó pruebas contra Kreeg. No era la primera vez que atormentaba a una mujer y un desfile de víctimas pasó por el estrado para dar testimonio.

A Phoebe se le encogió el estómago cuando tuvo que subir a testificar, pero no dejó de mirar a Cain para darse valor. Él era su ancla, y cuando los abogados de Kreeg intentaron destruirla, fracasaron.

Luego el jurado se retiró para deliberar. Cain había reservado una *suite* en un hotel cercano a los Juzgados… y varios guardias de seguridad apostados en la puerta se encargaban de que no los molestasen.

—Deberías descansar un poco.

—Estoy deseando que esto acabe —suspiró ella.

—Acabará pronto, ya lo verás —dijo Cain, mirando el reloj.

—¿Por qué tardan tanto?

—Están decidiendo el futuro de un hombre.

Y yo estoy esperando que nos, suban la cena.

Eso la hizo sonreír.

—Oye, Cain, gracias por todo.

—No tienes que darme las gracias.

—Sí, bueno…, no ha sido tan difícil, ¿verdad?

Cain la miró entonces, pensativo.

—No me recluí por la prensa o por los rumores, Phoebe. Me recluí porque no quería estar con nadie, porque no quería imponerle mi rabia a nadie.

—Yo no creo que seas tan malo —sonrió ella.

—Pero lo soy.

—Cain, por favor…

—Phoebe, tú no lo entiendes.

—Claro que no lo entiendo. Porque no quieres contármelo.

—¿Quieres la verdad? ¿Estás segura?

—Sí, lo estoy.

Cain la miró, tragando saliva.

—Yo maté a mi mujer.

—¿Qué? Eso no puede ser verdad.

—¡La dejé salir en un bote, de noche, con niebla, sabiendo que no era capaz de navegar! —exclamó Cain.

—Espera un momento, tranquilízate.

—Estoy tranquilo. Sé muy bien lo que hice. Ya te dije que me casé con ella porque estaba esperando un hijo mío… No la quería. Nunca la quise. Lily fue un fin de semana que destrozó nuestras vidas.

—Pero ella te quería a ti, ¿verdad?

—Sí. Me dolía ver ese amor en sus ojos… Cuando perdió el niño, yo intenté que la relación funcionara, pero éramos extraños viviendo en la misma casa. Lily quería que la amase, pero yo no podía hacerlo… Lo intenté, pero era imposible. Y unos meses más tarde, también ella supo que no iba a ocurrir. Entonces, el amor que sentía por mí se convirtió en odio, en rabia, y nos peleábamos por cualquier cosa. Yo hablé con mi abogado para pedir el divorcio, e iba a decírselo esa noche, pero Lily se enteró… no sé cómo, creo que escuchó la conversación. Tuvimos una terrible pelea, nos dijimos cosas muy crueles…

—¿Por qué tomó el bote, Cain?

—Después de la pelea salió al jardín. Lo sé por las cámaras… Pensé entonces que se calmaría, que podríamos hablar del divorcio como dos adultos. Estuvo fuera mucho tiempo, así que salí a buscarla —suspiró Cain—. La encontré en el bote, sentada. Estaba amarrado en el embarcadero y me gritó que me fuera, que no quería hablar conmigo. Jamás pensé que saldría a navegar. No sabía dirigir un bote y estaba lloviendo, había niebla… Cuando no volvió a casa al caer el sol, fui a buscarla de nuevo. Entonces vi que había salido con el bote. —Cain miró a Phoebe, angustiado—. No era la primera vez que hacía algo así después de una pelea, para llamar mi atención. Así que llamé al servicio de rescate y fui a buscarla en una motora. Pero ni siquiera el equipo de rescate podía hacer nada en una noche así. Había desaparecido. Pensé que la corriente la habría llevado río abajo…

—Y no fue así.

—No. Por la mañana encontramos el bote. Y luego a ella.

Phoebe podía imaginar lo que Cain había sentido, y en ese

momento supo sin preguntar que había cargado con esa culpa desde entonces.

—Cain, Lily sacó el bote del embarcadero, de modo que seguramente también habría sido capaz de guiarlo hasta allí, ¿no?

—No lo sé —contestó él—. Evidentemente, no fue así. La dejé salir en ese bote y Lily se ahogó…

—¿Te culpas a ti mismo por ello?

—¡Yo la maté! Podría haberla detenido, podría haberla sacado del bote a la fuerza incluso, pero no lo hice. No podía amarla y la maté…

—Un momento. Lily era una mujer adulta y sabía lo que hacía. Ella sabía que no era capaz de dirigir un bote y, sin embargo, salió a navegar por la noche, lloviendo, con niebla. Lo hizo intencionadamente. ¡Salió con ese bote para suicidarse!

Cain negó con la cabeza.

—¿Crees que no me gustaría creer eso? Pero no fue así. Me dijo: «Voy a salir un momento, te veo luego». No quería…

—¿Morir?

—Así es. El forense dijo que no había heridas de ningún tipo, había muerto ahogada.

—¿Sabía nadar?

—Sí.

—Entonces, no fue un suicidio.

—Phoebe, debería haberla obligado a salir del bote. Debería…

Deberías haberla querido, ¿es eso lo que estás diciendo?

Cain se dejó caer sobre el sofá, con la cabeza baja.

Cariño, por favor… no se puede obligar a una persona a querer a otra. No es ningún crimen que no la quisieras. Lo que es un crimen es que hayas dejado que lo que pasó te impida querer a otra persona.

El levantó la mirada, muy serio, y alargó una mano para tocarla. Pero antes de que sus labios se rozaran, sonó el teléfono.

Phoebe se abrazó a sí misma, nerviosa, mientras él contestaba.

—El jurado ha tomado una decisión. Vamos.

Cain la sacó de los Juzgados a tal velocidad, que Phoebe no se dio cuenta de nada. Sólo podía pensar que era libre y que Kreeg estaría entre rejas durante mucho tiempo.

En el avión, Cain apenas dijo una palabra. Ni siquiera la miraba.

Pero Phoebe lo dejó con sus pensamientos. Cuando el avión aterrizó, pareció darse cuenta de que llevaba mucho tiempo callado y le pidió disculpas. Una hora después, estaban de nuevo en Los Nueve Robles.

—Cain —lo llamó Phoebe, desde la escalera.

—Nos vemos por la mañana —se despidió él.

A Phoebe se le rompió el corazón. No tenía que decirlo. Se había cerrado en banda de nuevo y nada de lo que dijera serviría para hacerle cambiar de opinión.

—No puedo quedarme aquí.

—Sí, ahora puedes irte a casa. Estás a salvo murmuró él, como distraído.

Cain… ésta es mi casa. ¿Es que no lo sabes? Tú eres el dueño de mi corazón y eso no cambiará nunca. Pero no puedo quedarme con un hombre que está atrapado sintiéndose culpable por algo que no pudo evitar y es incapaz de ver el futuro. Phoebe, por favor…

—No, Cain, no tiene por qué ser así. ¡Abre los ojos! ¡Tú no hiciste nada! Lo que has hecho es darle poder a un fantasma para que dirija tu vida.

Pero Cain no dijo nada. Y ella subió a su habitación, desolada. Estaba enamorada de él. Siempre había estado enamorada de Cain Blackmon. Pero iba a perderlo por una mujer que llevaba cinco años muerta.

Cain, a varios metros de la playa, tiró una cerilla sobre un viejo bote y la madera seca empezó a arder como si fuera esparto.

Se había dejado enterrar en vida por algo de lo que no era responsable Cuando despertó por la mañana, solo, pensó en lo que iba a perder por un fantasma. Iba a perder a Phoebe.

No eran sus palabras lo que lo había hecho darse cuenta del error, sino descubrir que no había pensado en Lily en mucho tiempo… al menos, no como solía hacerlo en el pasado. Ahora sólo era un viejo recuerdo que él intentaba mantener vivo por razones completamente equivocadas.

Había cometido un error intentando amar a alguien a quien no podía amar. Pero no pensaba seguir cargando con esa culpa si iba a costarle el amor de Phoebe DeLongpree.

«Se acabó», pensaba.

Era libre. Su alma estaba liberada de culpa.

Las maderas crujían en la hoguera y Cain dejó escapar un largo suspiro. Sabía que llegaría a ese punto algún día, pero había sido Phoebe quien lo ayudó a dar el paso.

Phoebe.

El humo de la hoguera se elevaba hasta el cielo llevándose con él años dé culpa, de dolor, de amargura.

Entonces oyó ruido de neumáticos y se volvió para mirar hacia la casa. En la distancia podía ver a Benson, a Willis, al señor Dobbs.

Y a Phoebe. Que se iba de su casa. De su vida.

Phoebe abrazó a Benson intentando esconder las lágrimas. Los demás se alejaron discretamente, pero cuando iba a entrar en el *jeep*, oyó que Cain la llamaba.

Enseguida se dio cuenta de que había algo diferente en él.

—Nunca te había visto en vaqueros —dijo, intentando sonreír.

—He pensado que ya había llegado el momento de dejar ciertas cosas atrás. Las he enterrado para siempre, Phoebe.

—¿Qué cosas?

—El ogro, la culpa. Necesito espacio para otros sentimientos.

—¿De verdad? —preguntó ella con el corazón acelerado.

—No me dejes, Phoebe.

—No puedo quedarme aquí, encerrada contigo…

—Entonces no lo hagas. Abre puertas para mí —le suplicó Cain —. Me dejé atrapar, tenías razón. He destruido mi vida durante cinco largos años y he estado a punto de echarte. No abandones ahora, por favor. Después de todo lo que hemos pasado, no te vayas.

Phoebe se echó en sus brazos.

—Oh, Cain…

—Te necesito tanto que no puedo respirar sin ti. Tú eres mi vida. Te quiero, Phoebe DeLongpree. Te amo.

—Yo también te quiero, Cain. Creo que siempre te he querido —susurró ella.

Cain sonrió. Le quemaban los ojos mientras le daba las gracias a Dios por haberse dado cuenta a tiempo de su error.

—Quédate conmigo, ten muchos niños conmigo… Cásate conmigo, Phoebe. Por favor.

—Sí, sí, sí.

—Gracias a Dios —suspiró él, apretándola contra su corazón—.

Te quiero —murmuró, acariciando su pelo.

Una lágrima de felicidad rodaba por el rostro de Phoebe.

—Has tardado mucho en decirme eso.

Cain rió, apretando su cintura, dejándose bañar por el sol. Se sentía en paz consigo mismo. Al fin.

Casi podía sentir la mirada de aprobación de sus antepasados, contentos de que hubiera alegría en Los Nueve Robles otra vez. Contentos porque las risas volverían a llenar las habitaciones de aquella gran casa. Contentos porque habría interminables noches llenas de amor.

FIN



Amy J. Fetzer, cosmetóloga de profesión, se dedicó a ello por completo hasta los 30 años. Cuando se decidió a escribir, tardó 3 años en terminar su primer libro, hoy tiene publicados unos cuantos. Ha sido nominada y ganadora de varios premios.

Está casada con un miembro de la Marina estadounidense, ya jubilado, por lo cual pasó mucho tiempo sola haciéndose cargo de la casa y sus hijos. Ha disparado armas, ha hecho rappel, ha montado en un vehículo blindado, e hizo un poco de buceo en el Mar Oriental de China.

Escribe desde las 7 de la mañana hasta las 4 de la tarde, aunque a veces, según la inspiración, lo hace durante más tiempo. Los fines de semana los deja libres para pasarlos con la familia y con amigos.